



LA RAZÓN HISTÓRICA  
 Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas  
 ISSN 1989-2659  
 Número 49. Año 2020, páginas 94-129  
 www.revistalarazonhistorica.com

---

## Espacio teórico y horizonte crítico. La Historia conceptual como teoría crítica

**Eugenia Fraga**

*CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones  
 Científicas y Técnicas, Argentina)*

**Resumen:** En este ensayo nos interesa profundizar en la perspectiva de la historia conceptual, especialmente en la variante de uno de sus referentes principales, Reinhart Koselleck, con varios propósitos en vistas. En primer lugar, para plantear una serie de afinidades entre aquella y la teoría social, y aún más específicamente, entre aquella y la teoría social crítica. En segundo lugar, para realizar un análisis histórico-conceptual de los conceptos mismos de "teoría" y de "crítica". Y en tercer lugar, para esbozar los lineamientos básicos de dos nociones novedosas, las de "espacio teórico" y "horizonte crítico", como equivalentes funcionales de aquellos otros, centrales a la perspectiva de la historia conceptual, de "espacio de experiencias" y "horizonte de expectativas", y como potencialmente fructíferos dentro de la investigación teórico-crítica.

**Conceptos clave:** historia conceptual - teoría social - teoría crítica - espacio de experiencias - horizonte de expectativas

THEORETICAL SPACE AND CRITICAL HORIZON. CONCEPTUAL HISTORY AS CRITICAL THEORY

**Abstract:** In this essay we are interested in delving into the perspective of conceptual history, especially in the variant of one of its main referents, Reinhart Koselleck, with various purposes in view. In the first place, to propose a series of affinities between it and social theory, and even more specifically, between it and critical social theory. Secondly, to carry out a historical-conceptual analysis of the very concepts of "theory" and "critique". And thirdly, to outline the

basic guidelines of two novel notions, those of "theoretical space" and "critical horizon", as functional equivalents of those others, central to the perspective of conceptual history, of "space of experiences" and "horizon of expectations", and as potentially fruitful within theoretical-critical research.

**Key words:** conceptual history - social theory - critical theory - space of experiences - horizon of expectations

## 1. Introducción al tema

En este ensayo nos interesa profundizar en la perspectiva de la historia conceptual, especialmente en la variante de uno de sus referentes principales, Reinhart Koselleck, con varios propósitos en vistas. En primer lugar, para plantear una serie de afinidades entre aquella y la teoría social, y aún más específicamente, entre aquella y la teoría social crítica. En segundo lugar, para realizar un análisis histórico-conceptual de los conceptos mismos de "teoría" y de "crítica". Y en tercer lugar, para esbozar los lineamientos básicos de dos nociones novedosas, las de "espacio teórico" y "horizonte crítico", como equivalentes funcionales de aquellos otros, centrales a la perspectiva de la historia conceptual, de "espacio de experiencias" y "horizonte de expectativas", y como potencialmente fructíferos dentro de la investigación teórico-crítica.

Para comenzar, valdría aclarar por qué hablamos de conceptos y no simplemente de palabras. Como afirma Koselleck, una simple palabra deviene concepto cuando determinado "espacio de experiencias" ingresa en ella, otorgándole un sentido profundo que trasciende su definición superficial de uso corriente. Así, consideramos que "teoría" y "crítica" no son únicamente palabras, ni siquiera sólo programas de investigación -lo cual, de por sí, ya sería bastante-, sino que constituyen conceptos en sentido fuerte. Por la forma en que en su enunciación y escritura se articulan una pluralidad de cuestiones clave de la teoría social, lo que en principio podrían ser meros vocablos logran condensar una serie de "horizontes de expectativas" de quienes se identifican con ellos<sup>135</sup>. Entonces, teoría y crítica se convierten en verdaderos "soportes semánticos" con un contenido sociopolítico singular<sup>136</sup> (Koselleck, 1993; 2003; Palti,

135 Las categorías "espacio de experiencias" y "horizonte de expectativas" serán trabajados más a fondo en apartados posteriores de este ensayo. Sin embargo, acá podemos adelantar que la primera categoría remite a la condensación del pasado disponible en el presente, y la segunda, a la construcción en el presente de posibles futuros.

136 Acerca de esto, de Marinis (2013) muestra el rasgo cultural de las semánticas conceptuales, es decir, cómo su significado varía según el contexto cultural de enunciación e interpretación, lo cual abre la preocupación por los problemas de "traducción" entre las distintas "semánticas culturales" de cada concepto (p. 91). Por un lado, señala que cada semántica cultural es una "figura retórica" estilizada, producto de procesos de "reducción de complejidad" (p. 89-90). Por el otro, indica cómo en la relación entre distintos contextos culturales puede haber relaciones de simetría o asimetría, en el marco de una producción del conocimiento desigualmente repartida entre las regiones del mundo (p. 94).

2011). Es por esto que merecen ser estudiados en tanto conceptos, y no sólo desarrollados como paradigma epistemológico o como posición teórico-social<sup>137</sup>.

Más adelante nos detendremos en definir con mayor precisión todas estas nociones entrecomilladas, pero por ahora podemos ya hacer notar la afinidad de la postura de la historia conceptual de Koselleck con la de la teoría crítica, por ejemplo en su versión paradigmática, la de la Escuela de Frankfurt de Max Horkheimer, Theodor Adorno o Herbert Marcuse. En ambos proyectos intelectuales se otorga cierta primacía del plano ideal, conceptual o teórico -por supuesto, sin dejar de lado el plano factual, empírico o histórico, en el que el plano ideal, conceptual o teórico se desenvuelve-, en tanto en ambas perspectivas subyace la premisa del "conocimiento como productor de mundo", o de lo que, desde otros vocabularios, podríamos llamar la "performatividad del discurso"<sup>138</sup> (Butler, 2014). Es justamente esta pretensión de articular ciertos elementos epistemológicos del idealismo y el materialismo, o del constructivismo y el objetivismo, el punto en el que convergen tanto los programas de la teoría crítica como el abordaje que supone la historia conceptual. Entonces, y como podrá irse viendo a lo largo de este ensayo, la elección de poner en diálogo ambas perspectivas no es azarosa -aunque como siempre se trata de una "operación de lectura" (Althusser, 1967)-, sino que responde a una serie de similitudes y consonancias que desplegaremos más adelante.

## 2. Elementos básicos de historia conceptual I

En *Esbozos teóricos*, Koselleck sostiene que toda definición conceptual contiene ciertas "connotaciones" que, en el caso de no ser "canalizadas" teóricamente, es decir, mediante un análisis filosófico-científico, influyen en nuestro uso y en nuestra interpretación del mundo de manera "ambigua e imprecisa", lo cual facilita, a nivel político, la irrupción de una serie de ideologías subterráneas, difíciles de criticar por el nivel de subconciencia con el que funcionan (2013: 44-45). Por ello, afirma, la ciencia social debe contemplar a los conceptos, incluso a los que parecen parte del pasado, de manera crítica, para que la práctica del presente pero también del futuro pueden fundamentarse sobre un conocimiento más "nítido". De hecho, toda ciencia, para constituirse como tal, requiere desarrollar una teoría; en efecto, todos los campos de

137 A esto nos hemos dedicado en otros lados. En Fraga, 2017b; 2018b, hemos realizado un despliegue de la teoría social crítica de Max Horkheimer; en Fraga, 2018c, hemos realizado un despliegue de la teoría social de Herbert Marcuse; y en Fraga, 2015a, hemos realizado un análisis discursivo de la propuesta de la teoría crítica.

138 Esta postura presentada por la historia conceptual, y que a la vez resulta congruente con las posturas de la teoría crítica, respecto a la orientación de la acción en función de la teoría, o de la historia en función de los conceptos, se relaciona también estrechamente con lo que desde cierta filosofía del lenguaje se denomina la "performatividad" de las teorías o los conceptos. Esta idea, originalmente delineada por John Austin (2008) y proseguida por autores como Nelson Goodman (1990) con su noción de "hacer mundos", o como Ian Hacking (1995) con su noción de "efecto bucle", nos parecen de una proximidad llamativa con muchos de los planteos de este ensayo (ver Martini, 2014).

investigación “poseen su propia sistemática” (p. 55-57). La explicación fundamental de este hecho es que existen conceptos que, por diversas circunstancias históricas, presentan “aspiraciones totalitarias”: buscan convertirse en guías absolutos de la existencia humana, para lo cual van “erosionando” sus propios presupuestos, de modo tal de eliminar el objeto mismo sobre el cual debería focalizarse la reflexión crítica. Cuando esto sucede, esos conceptos devienen “receptáculos” de las posibles ideologías que buscan hacerse con un sentido total de la historia, previo vaciamiento de su propio contenido y transformación en una “fórmula vacía”, en un “concepto ciego”. De este modo, “la palabra se convierte por ello en manipulable” (p. 63-64).

Para evitar este peligro, entonces, se requieren varias cuestiones. En primer lugar, se precisa de una práctica de reflexión crítica y autocrítica por parte de los propios usuarios de los conceptos, sean estos de uso corriente o filosófico-científico. En segundo lugar, esta práctica debiera adoptar la forma de “un trabajo interdisciplinar, donde confluyan diversas premisas teóricas [para] la formación sistemática de las ciencias sociales”. En tercer lugar, y a un nivel más específico, esta práctica debiera tener dos dimensiones: por un lado, debiera juzgar a los conceptos, y a los textos que dichos conceptos conforman, a partir de criterios externos, extratextuales, como ser ciertos valores ético-políticos; pero por otro lado, también se deberían juzgar los conceptos y los textos a partir de criterios internos, propiamente teóricos, esto es, evaluar su coherencia, su consistencia, en una palabra, su lógica. Estos dos niveles, asimismo, pueden ser puestos en relación a partir de la premisa formulada por Koselleck de concebir cada ambigüedad o inconsistencia textual como sintomática de conflictos extratextuales, ideológicos. Así, la materialidad del texto debiera ser remitida a condiciones sociales, tanto como la materialidad social debiera ser remitida al estado de situación conceptual de cada momento histórico. El plano histórico y el plano conceptual se “midan” entre sí continuamente, y esto con el objetivo de “formular afirmaciones con ayuda de textos que logren ir más allá de los mismos” (p. 65-67).

Por supuesto, al hablar de historia, de pasado, no queremos implicar que mediante la reflexión teórico-crítica se pueda modificar lo sucedido. Así, por ejemplo, analizar hoy textos de teoría crítica no implica cambiar la forma en que ellos fueron efectivamente interpretados y utilizados en su momento. Sin embargo, como sostiene Koselleck, “el pasado es absolutamente pasado, es irrevocable, y a la vez no lo es. El pasado está presente y contiene un futuro. Limita posibilidades venideras y libera otras, figura en el lenguaje, influye tanto en nuestra conciencia como en nuestra subconciencia, en nuestra conducta, en nuestras instituciones y su correspondiente crítica”<sup>139</sup>. En este sentido, analizar hoy textos de teoría crítica, es decir, en cierto modo extractos del pasado, es una decisión presente que podría tener algún tipo de consecuencia en el

<sup>139</sup> Así sostiene Koselleck en otro texto: “a pesar de su singularidad, una época pasada -interrogada a tenor de su estructura- puede contener momentos de valor permanente, que aún llegan hasta nosotros” (Koselleck, 2007: 20).

futuro: por ejemplo, situarse en la estela dejada por sus autores quizás pueda colaborar con la tarea de legitimar el lugar del trabajo teórico en el campo de las ciencias sociales periféricas contemporáneas<sup>140</sup>. Pero para lograr esto, no encontramos otro modo que el sugerido por el propio Koselleck: “esclarecer de manera teórica” las cuestiones que buscamos resolver, porque trabajar con conceptos plantea, por definición, una “necesidad” de teoría (p. 69-70).

Ahora bien, como sostiene la perspectiva de la historia conceptual, y como de hecho sostienen también autores como Horkheimer o Marcuse, la teoría de una ciencia determinada remite necesariamente a las teorías de otras ciencias; cada ciencia está envuelta en “imperativos sistemáticos y en preceptos teóricos” que la unen con otras disciplinas. Y es el análisis de su interrelación detallada el único capaz de “producir un efecto de inseguridad” en cada sistema teórico particular “con la finalidad de estimular el conocimiento” (Koselleck, 2013: 79; 89-90). Es justamente en el cruce entre las distintas teorías que está contenido ese impulso, cruce que también debe desarrollarse conceptualmente para poder saber con qué “condiciones” y con qué “límites” se está trabajando en cada caso (p. 92). Si un sistema teórico pretende ser más que la repetición de palabras pretéritas, o que la fabricación de deseos egoístas, entonces debe someterse al “control exegético”. En efecto, sostiene Koselleck, cada conjetura enunciada debe pasar por ciertas “instancias verificadoras predefinidas por la autoafirmación de una fuente”. Toda fuente, en este caso todo texto, tiene un “derecho a veto”, puesto que aunque de ningún modo predetermina la forma en que debe ser interpretado o usado, ciertamente impone ciertas barreras respecto a cómo no puede ser interpretado o usado<sup>141</sup>. La abundancia de referencias minuciosas a los textos de base sirve siempre para que cada lector pueda “tratar críticamente la veracidad” de cada afirmación que se hace (p. 103). Lo cual no quita que acordemos profundamente con la idea, defendida por la historia conceptual y por la teoría crítica, de que la “realidad” es un “producto de posibilidades lingüísticas, de especificaciones teóricas y de procesos metodológicos que al final se encuentran como narración o representación” (p. 118)<sup>142</sup>.

### 3. Elementos básicos de historia conceptual II

En *Historias de conceptos*, Koselleck señala cómo el “interés en el conocimiento”, obedeciendo a una “motivación política”, puede llevar a la construcción de nuevos

140 Efectivamente, en nuestras investigaciones sobre distintas propuestas de la teoría crítica de Frankfurt, teníamos en la mira en primer lugar debatir con el empiricismo, el tecnologicismo y la mirada “de aplicación estratégica” típicos del ámbito científico en la actualidad de nuestra región (Fraga, 2019b).

141 Esta es la misma postura defendida dentro del campo de la lingüística y la filología: las obras son abiertas, permiten multiplicidad de interpretaciones, pero no “cualquier” interpretación (Eco, 1992).

142 Es precisamente esta combinación de rigurosidad y apertura la que caracteriza asimismo a la teoría crítica, la cual muchas veces es incluso presentada por sus propios defensores, por esta razón, como una “teoría sistemática” (Fraga, 2018d).

enfoques teóricos que “sobrevivan a su punto de partida” (Koselleck, 2012: 11 n. 4). Este es justamente nuestro objetivo en este ensayo: como afirmamos en la introducción, buscamos conocer más a fondo ciertas perspectivas de modo tal que a partir de ellas podamos hacer emerger una propuesta novedosa; más concretamente, más concretamente, la idea de la historia conceptual como teoría crítica, mediante el despliegue de dos conceptos nuevos: espacio teórico y horizonte crítico. Pero para que algo así efectivamente ocurra, “es necesaria una reflexión sistemática para poder interpretar las series de datos acumuladas”, “es necesario un trabajo teórico previo, el uso de una terminología científica específica, único modo de poder detectar relaciones e interacciones” entre los distintos componentes de esa información, así como la selección misma de qué se considerará información relevante y qué no “presupone una teoría” (p. 21-23). Es que la conexión entre el plano histórico y el plano conceptual no es ni simple ni lineal ni unidireccional. Un evento histórico y un evento teórico no se limitan a su propio ámbito sino que tienen repercusiones en el otro, pero no como reflejos o epifenómenos ni tampoco de manera temporalmente inmediata. Así, puede haber casos en que pase cierto tiempo antes de que un evento histórico ingrese en el plano conceptual como novedad; y así también -y este segundo caso es el que aquí nos interesa-, es muy posible que se creen ciertos conceptos antes de que ellos remitan a una realidad histórica preexistente, pero justamente es al crearlos que se posibilita la aparición de esas nuevas realidades (p. 25).

Precisamente la historia conceptual estudia “lo que las palabras son capaces de hacer, cómo controlan formas de comportamiento y cómo pueden provocar acciones” -interés que no casualmente es también compartido por Horkheimer o Marcuse, así como por toda la perspectiva epistemológica y lingüística en torno al “crear mundos” y al “hacer cosas con palabras” (Austin, 2008; Goodman, 1990; Hacking, 1995)-. Efectivamente, la postura de Koselleck enseña que en los conceptos “están contenidos los instrumentos propiamente lingüísticos que debe poseer quien quiere comprender su mundo o influir en él” (2012: 27-28). La historia conceptual gusta de preguntarse por aquellos “desafíos históricos” en los que se condensan las posibilidades de ciertas “respuestas conceptuales” (p. 46). Nosotros consideramos que el contexto de la doble tendencia negativa de nuestro campo académico-intelectual -débil legitimidad local del trabajo teórico; división internacional del trabajo entre regiones teóricas y regiones empíricas<sup>143</sup>- constituye uno de esos desafíos históricos, frente al cual consideramos necesaria una respuesta conceptual: la defensa de la instancia teórica en las ciencias sociales periféricas, y de una teoría de corte crítico más específicamente. Esta respuesta conceptual, esta defensa de la teoría, y de la teoría crítica, es la que se aloja en los textos de la Escuela de Frankfurt, pero como muestra Koselleck, el “potencial semántico” de los textos no se identifica necesariamente ni punto por punto con “la

143 Acerca de este doble diagnóstico sobre la situación global y local en el campo académico-intelectual, referimos a Fraga, 2017a.



simple intención de los autores”, como ser Horkheimer o Marcuse, sino que tiene más que ver con las posibilidades de innovación abiertas por los textos como entidades con derecho propio (p. 207).

Ahora bien, para volver efectivo dicho potencial, es necesario mantenerse alerta frente a dos peligros comunes. Por un lado, el de los “estereotipos”, verdaderas “jaulas conceptuales que impiden el pensamiento y limitan la acción”: así, por ejemplo, el estereotipo acerca del carácter impráctico, o meramente contemplativo, de la reflexión teórica, o también el estereotipo acerca del carácter fragmentario, es decir poco sistemático, de los distintos autores de la teoría crítica frankfurtiana<sup>144</sup>. Por otro lado, el peligro del “dualismo”, detrás del cual “acechan enemigos ficticios” (p. 197): así, como veremos más adelante, se trata de evitar los binarismos teoría-empiría, individuo-sociedad, materialidad-ideas, historia-conceptos, etc., y en cambio se procura combinar esos distintos componentes en esquemas complejos, multidimensionales y multiparadigmáticos (Alexander, 1983; Ritzer, 1990). La forma de evitar estos peligros es simplemente -y no tan simplemente- más reflexión teórica: sólo por medio del estudio “minucioso” es posible lograr un conocimiento, o incluso “provocarlo”, a un nivel lo suficientemente profundo como para eludir los riesgos mencionados (Koselleck, 2012: 301).

En este caso particular, trabajaremos, sobre todo en los apartados siguientes, con toda una serie de herramientas heurísticas proporcionadas por esta perspectiva de la historia conceptual. Así, hablaremos de “conceptos fundamentales”; de “singulares colectivos” (p. 35); de “conceptos de registro de experiencias”; de “conceptos generadores de experiencias”; de “conceptos de expectativas” (p. 36-37); de “pragmática conceptual”; de “semántica conceptual” (p. 46); de “contraconceptos”, de “redes conceptuales” (p. 47); de “conceptos reflexivos procesuales” (p. 105); de “conceptos de lucha políticos” (p. 119); y de “conceptos periódicos iterativos” (p. 135). Aquí nos limitamos a mencionar estos dispositivos puesto que ellos no poseen una definición de diccionario, sino que su significado se debe ir construyendo al talle del análisis de nociones concretas. Por supuesto, los dos conceptos que analizaremos a continuación, haciendo uso de estas herramientas, serán los de “teoría” y lo de “crítica”.

#### **4. Afinidades entre historia conceptual y teoría social**

Partimos de una serie de hipótesis acerca de la afinidad entre el abordaje de la historia conceptual y la tradición de la teoría social en general. En primer lugar, tanto el

---

<sup>144</sup> Como hemos demostrado en nuestra tesis de maestría, la teoría crítica frankfurtiana se presenta en realidad como una teoría sistemática (Fraga, 2016). Y como hemos demostrado tanto allí mismo como en nuestra tesis de doctorado, la teoría es una forma fundamental de la praxis, no en menor medida dado el carácter constructivo, performático, transformativo de los conceptos, al cual ya hemos aludido más arriba (Fraga, 2018e).

proyecto de la “teoría social” como el de la “historia conceptual” comparten una preocupación, precisamente y como sus nombres lo indican, por el plano teórico o conceptual, dándole una “autonomía relativa”<sup>145</sup> o un “hincapié explicativo” por sobre el plano empírico-social o histórico-social propiamente dichos. A este respecto, sin embargo, ambos proyectos sostienen la vinculación íntima entre lo empírico y lo teórico, o entre lo histórico-social y lo histórico-conceptual, en detrimento de una exclusión o un desarraigo entre ambos planos. Aún más, no sólo el conocimiento teórico o conceptual se fundamenta en la historia social, sino que en ambos casos cobra relevancia la noción de la “experiencia” social, como veremos más adelante.

En segundo lugar, los “datos” o “hechos” histórico-empíricos a los que refiere la teoría o el concepto son en realidad, como sostienen ambos proyectos, no sólo construidos sino aún más: “textos”, “discursos”, “lenguajes”, “vocabularios”, “terminologías”, “comunicaciones”, “enunciados”. En este sentido, no hay, ni para la teoría social ni para la historia conceptual, un quiebre ontológico entre teoría y empiria o entre concepto e historia. Esto se relaciona fuertemente con la afirmación, por parte de ambos proyectos, de que tampoco hay una diferencia inconmensurable entre teoría y práctica, entre pensamiento y acción, entre idealidad y materialidad<sup>146</sup>, puesto que en todo caso

---

145 Dentro de la sociología, el primero en afirmar tal autonomía relativa fue Talcott Parsons (1965), con su propuesta de “teoría sistemática”. Parsons entiende a la teoría como una “generalización conceptual”, y ésta puede ser de distintos niveles de abstracción. En el nivel menos abstracto están las “teorías discretas”, aquellas que versan sobre fenómenos particulares del mundo empírico. Las teorías discretas, según el autor, deben poder articularse en un “todo coherente” de manera “lógicamente interdependiente”, es decir, deben poder formar un “sistema”, con lo cual arribamos así a un nivel de abstracción mayor, la “teoría sistemática”. Toda teoría tiene elementos “estáticos” -las definiciones- y elementos “dinámicos” -las explicaciones-, y por ello toda teoría, así entendida, debería ser estructural y funcional a la vez, pues la estructura la dan las definiciones estáticas y la funcionalidad la dan las explicaciones dinámicas. Esto es lo que las vuelve un sistema. La teoría sistemática tiene dos niveles analíticamente distinguibles: el “marco de referencia”, que es el marco general para la aprehensión de la realidad, y la “estructura teórica”, constituida por las interrelaciones concretas entre los distintos elementos que la conforman. La idea que tiene Parsons sobre el marco de referencia, es que éste pueda constituir un “lenguaje común” que facilite la comunicación entre las distintas ramas del mismo campo. Así, el “marco de referencia de la acción” es aquel que él construye con el fin de poder aplicarse en las distintas “ciencias de la acción” -que serían las ciencias sociales y humanas-. En su caso, el marco lo da la sociología, guía de todas las demás ciencias, ramas de un mismo tronco. Finalmente, la forma en que las distintas teorías dan lugar la una a la otra, a lo largo del tiempo, es a través de lo que denomina “categorías residuales”: las categorías residuales - marginales o incompletas- de la teoría de un momento dado funcionan como “categorías emergentes” - redefinidas y puestas en el centro- de la teoría del momento intelectual siguiente, pues aquello que antes no podía concebirse pasa a ser el nuevo “foco de luz” (ver Fraga, 2018a).

146 Dentro de la sociología, uno de los más importantes referentes de esta mirada es Jeffrey Alexander (1983), con su propuesta de la “lógica teórica”. Alexander postula la existencia de un “continuum” teórico-empírico, cuyos polos son, del lado más abstracto, las “presuposiciones generales”, y del lado más concreto, las “observaciones”. El *continuum* atraviesa toda una serie de puntos entre los que se incluyen, de mayor a menor nivel de teoriedad, las “ideologías”, los “modelos”, los “conceptos”, las “definiciones”, las “clasificaciones”, las “leyes”, las “proposiciones”, las “correlaciones” y las “asunciones metodológicas”. En este *continuum*, “teoría” sería todo lo que se encuentre a la izquierda -es decir, hacia el polo más abstracto- del punto donde uno esté ubicado para realizar su investigación particular. De aquí se desprende que el *continuum* se funda en una distinción puramente analítica, y no ontológica, entre los distintos puntos. La teoría no es entonces más que una designación conveniente, y su carácter es



se trata de diversas formas de aparecer las variadas facetas de lo humano o de lo social. Todo esto, además, es válido tanto para las ciencias llamadas exactas o duras como para las ciencias humanas o sociales.

En tercer lugar, ambos proyectos realizan trabajos “metateóricos”<sup>147</sup> o meta-conceptuales, es decir, que ambos dedican partes relevantes de sus reflexiones a indagar en el proceso mismo de construcción teórica y conceptual, en sus posibilidades tanto como en sus limitaciones. En especial, nos interesa en este caso no tanto el análisis de cómo las experiencias hacen surgir sus teorizaciones o conceptualizaciones -que también estudian tanto la teoría social como la historia conceptual-, sino sobre todo el análisis de cómo las teorizaciones o conceptualizaciones inciden performativamente en la historia, en el mundo social. Esto se vincula estrechamente con lo que, en cada uno de los casos, se llama “la relación entre teoría y *praxis*” -o entre “texto y contexto”-, y la relación entre la “semántica conceptual” y la “pragmática conceptual”<sup>148</sup>.

En cuarto lugar, tanto la teoría sociológica como la historia conceptual sostienen que es tan necesario dar cuenta de las particularidades o singularidades de los distintos conceptos o teorías, como de las generalidades y regularidades que comparten de

---

inevitablemente relacional, relativo y topológico. Ahora bien, cada uno de los puntos del *continuum*, a pesar de estar ligado a los demás, presenta cierta "autonomía relativa", y por supuesto esto también cuenta para la teoría. Autonomía relativa de la teoría significa que las otras variables la limitan y la influyen, pero que ella permanece analíticamente independiente. Esta es su lógica, la lógica teórica, de la cual debe analizarse tanto su interrelación con los otros puntos del *continuum*, como sus cualidades propias. Por todo esto es que la sociología debe ser una ciencia "multidimensional": no sólo porque tiene efectivamente múltiples dimensiones -los puntos del *continuum*-, sino porque debe dar cuenta, idealmente, de todos ellos, para no caer en el reduccionismo de la unidimensionalidad. Más allá de este hecho, el autor se dedica con especial énfasis a indagar en el nivel de las "presuposiciones generales" que subyacen a toda teoría, sea de forma explícita o implícita. Es que sólo al indagar en dichas presuposiciones -como idealismo *versus* materialismo- es posible comparar teorías diversas de manera profunda, trascendiendo las similitudes y las diferencias de superficie (Bialakowsky, 2013).

147 Dentro de la sociología, quien ideó este término fue George Ritzer (1990). Para Ritzer, todo trabajo teórico se apoya en última instancia, o parte siempre de, un estudio "metateórico". La metateoría es el estudio de las "estructuras subyacentes" a teorías diferentes, y, por consiguiente, de los "arcos" que pueden trazarse sobre ellas a pesar de sus diferencias. Un estudio metateórico puede tener distintos objetivos: mejorar la comprensión de las teorías existentes, profundizar, desarrollar o mejorar esas teorías existentes, o bien generar teorías nuevas. En los tres casos, que pueden ser excluyentes o complementarios, es requisito previo el análisis de las estructuras que subyacen a dichas teorías, para poder comprenderlas, mejorarlas o utilizarlas en teorías nuevas. La metateoría, en tanto estudio de las teorías, puede ser de cuatro tipos. Una metateoría de tipo "interno-intelectual" es aquella que estudia específicamente los contenidos de las distintas escuelas y los distintos paradigmas teóricos de la sociología; una metateoría de tipo "externo-intelectual" es aquella que estudia las influencias recíprocas entre las teorías sociológicas y las de las demás disciplinas o tradiciones de pensamiento, sociales o naturales; una metateoría de tipo "interno-social" es aquella abocada a estudiar las redes y las trayectorias de los teóricos sociológicos y la relación entre las redes/trayectorias y las teorías; y finalmente, una metateoría de tipo "externo-social" es aquella enfocada en el estudio de las influencias recíprocas entre las teorías sociológicas y el contexto social más amplio (Zabludovsky, 2002).

148 Como muestra Elías Palti (2006), esta capacidad de los conceptos de trascender su contexto originario es una capacidad “proyectiva” producto de la temporalidad interna de los conceptos; en este sentido se trata, como veremos más adelante, de “conceptos generadores de expectativas” (Palti, 2006).

manera explícita o implícita. Así, es tan importante analizar un texto como evento de discurso, en su dimensión pragmática, histórica, y acontecimental, como analizarlo en su dimensión formal, en sus lógicas argumentales<sup>149</sup>, en su estilo y género discursivo, en la tradición de pensamiento en la que se inserta.

En definitiva, con estas cuatro hipótesis, lo que queremos es romper con la idea de que teoría social e historia conceptual pertenecen a “paradigmas” incompatibles, sin diálogo posible entre sí, inconmensurables<sup>150</sup>. Estamos convencidos de que los distintos proyectos no responden a diferencias esenciales, puesto que a pesar de toda diferencia comparten cierta inteligibilidad, posibilitada por aquella capacidad humana fundamental de comprensión y entendimiento que -como sostienen tanto la teoría social de herencia comprensivista, como la historia conceptual de herencia hermenéutica- es siempre más amplia y abarca los distintos paradigmas. De hecho, como profundizaremos a continuación, no sólo los dos proyectos son compatibles y permiten el diálogo entre ellos, sino que de hecho comparten una serie de supuestos, que las hipótesis recién esbozadas dejan entrever.

Entonces, como conclusión -parcial, que deberá profundizarse en lo que sigue- podemos esbozar varias confluencias entre ambos proyectos. En primer lugar, es necesario notar que lo que ambos comparten es la crítica a la concepción del plano

---

149 Respecto de la historia conceptual, ella estudia las condiciones mismas de posibilidad de los conceptos: sus condiciones enunciativas, que conforman el plano conceptual, y sus condiciones políticas, que constituyen el plano histórico. Ambas instancias no se agotan sino que se complementan en una “zona de convergencia” entre concepto e historia, donde cristalizan conceptualmente las experiencias históricas. Lo que se intenta es reconstruir el “horizonte de posibilidad” de los conceptos, que por ello no sólo son concebidos como sustancias sino más bien como “formas”. Lo relevante no es su contenido tanto como su “lógica”, que es la que habilita los potenciales contenidos. Se busca entonces reconstruir precisamente esas operaciones argumentativas, descubrir en las huellas lingüísticas del texto sus propias condiciones de producción, ese estrato primitivo que siempre es tácito (Koselleck 1993; 2004; Brunner et al., 2009; Torres Castaños, 2010). Sobre esto mismo, podemos decir que interpretar un texto es una tarea que tiene dos niveles: interpretar los contenidos, o lo que puede denominarse la “interpretación sustantiva”, e interpretar las formas argumentativas, o lo “metainterpretativo” (Palti, 2006).

150 Dentro de la sociología, un autor contemporáneo preocupado por estas mismas cuestiones es Wolfgang Schluchter (2008), quien propone realizar una “historia de la teoría sociológica con propósito sistemático”. La idea de una teoría de este cuño es que pueda unificar los niveles singular y estructural del mundo social. Sistematizar la historia de una teoría no debe confundirse con una suerte de historiografía sociológica, es decir, no debe poner el rastro de su historia como su meta fundamental. Al mismo tiempo, tampoco la sistematización debe considerarse un fin en sí mismo, sino sólo un medio para la resolución de problemas concretos en el plano teórico. La meta primordial de la historia de una teoría con propósito sistemático es llegar al “núcleo duro” -a las estructuras fundamentales- de los distintos “programas de investigación”, para que ellos puedan luego competir entre sí -es decir, constituir una pluralidad de opciones en igualdad de condiciones-. Todo programa de investigación tiene ciertos “presupuestos axiomáticos”, y ellos son los que debemos buscar y sistematizar. Una teoría o “programa de investigación” debe contar con: a) un “núcleo metafísico” de carácter antropológico; b) una “heurística” de la producción de nuevo conocimiento, de carácter epistemológico; c) una metodología, que incluya un instrumental técnico; d) una teoría sobre la relación entre acción, orden y cultura; y e) “casos ejemplares” empíricos de dicha teoría. Sólo las teorías que cumplan todos estos puntos pueden analizarse en sus convergencias y divergencias; si no lo hacen, habrá que sistematizarlas a ellas primero, rastreando cada uno de estos elementos (de Marinis, 2008).

ideal/conceptual/teórico como mero “epifenómeno” o “reflejo” del plano histórico o empírico. Es por ello que el plano conceptual o teórico debe ser concebido y estudiado como teniendo una entidad propia y de peso, pues ella es determinante para la mejor comprensión, explicación, y quizás incluso transformación del plano histórico o empírico. En efecto, los textos no sólo “dicen” cosas sino que también “hacen” cosas. Así, se construyen su propio “contexto”, que a su vez puede ser analíticamente dividido en una instancia de lo social en general y otra instancia más limitada que podemos denominar contexto intelectual. Los textos ayudan a construir los contextos que a su vez les dan forma y les permiten emerger, y no solo idealmente sino también materialmente, puesto que intervienen en él de maneras efectivas y concretas. Ahora bien, las lógicas de este plano conceptual o teórico funcionan en base a supuestos, ficciones, estilizaciones, que no son evidentes y que por ello es necesario indagar con cuidado y poner de relieve. Si uno se limita a estudiar el “contexto”, es decir, el plano histórico o empírico, seguirá sin comprender las interpretaciones del mismo que fueron contemporáneas a ese mismo contexto y que ayudaron a darle forma, allí y de allí en más, hasta el presente<sup>151</sup>. En otras palabras, podemos afirmar que lo simbólico no es algo meramente representacional ni subjetivo, sino que es inherentemente constitutivo de las prácticas y por ello tiene correlatos materiales y objetivos.

Ni para la teoría social -especialmente crítica- ni para la historia conceptual es “lo mismo” reconstruir los sentidos de un concepto o teoría por una preocupación “cognitiva”, que poner esos sentidos en uso, cual “herramientas”, por una preocupación “política”. En el primer caso uno debe “extrañarse” del texto, para poder captarlo con cierta perspectiva, para poder interpretarlo en sus propios términos; en el segundo caso, en cambio, uno debe “apropiarse” de esos sentidos, adaptarlos y resignificarlos en función de ciertas necesidades concretas. Se trata del pasaje de la “necesidad de historización” a la “urgencia del presente”, pero en todos los casos lo relevante es no olvidar que, para poner en uso un concepto o teoría, siempre se debe primero estudiarlo, y que, del mismo modo pero al revés, estudiar un concepto o teoría es una tarea siempre motorizada, aunque quizás de manera parcial, inconsciente o implícita, por una urgencia práctica, un problema histórico, una necesidad social o un objetivo político. Así, queda claro que la tarea cognitiva y la tarea política van siempre de la mano, aunque bien puedan y deban distinguirse analíticamente. Emerge entonces aquí una noción de trabajo teórico-conceptual como forma de intervención en el espacio público, que nos remite a su vez a la noción de trabajo “intelectual” con toda la carga que tradicionalmente implica este rol tan singular en el seno de toda sociedad<sup>152</sup>.

151 Acerca de la relación entre texto y contexto, ver de Marinis (2019), el cual también habla acerca de los “paradigmas”, y de la herencia que dicha noción tiene en la anterior de “estilos de pensamiento”.

152 Dentro de las ciencias sociales, los textos clásicos que abordan el rol intelectual son los de Antonio Gramsci (1984), Karl Mannheim (2004), Edward Shils (1980), Charles Wright Mills (2000) y Pierre Bourdieu (2003). Hemos trabajado acerca de las reflexiones de estos autores, así como en su comparación y combinación, en Fraga, 2015b; 2019c.

Valen asimismo una serie de aclaraciones en torno al posible señalamiento de una aparente incompatibilidad entre teoría social e historia conceptual, concebida como contraposición entre un abordaje sistemático y un abordaje cronológico de sus objetos de estudio. En principio, se podría pensar que lo cronológico tiene mayor afinidad con la historia conceptual, por su atención a las dimensiones históricas y temporales, mientras que lo sistemático tiene mayor afinidad con la teoría social ya que ésta, como sabemos, muchas veces fue definida como una “teoría sistemática” (von Wiese, 1932; Parsons, 1965; Mannheim, 1960). En efecto, hay algo de cierto en todo esto. Sin embargo, también podría plantearse lo contrario: muchas veces las ciencias sociales y humanas han reflexionado sobre la historia de sus teorías en términos cronológicos, ya sea en función de “autores”, “escuelas”, “tradiciones”, “obras”, etc.; y del mismo modo, es evidente que la historia conceptual es sistemática en tanto no analiza la historia *per se*, sino la historia de los conceptos, y sólo en función de estos reconstruye una historia. De este modo, queda claro que tanto la historia conceptual como la teoría social habilitan abordajes cronológicos tanto como sistemáticos.

## 5. Análisis del concepto de teoría

Pasaremos a continuación a analizar, de la mano del instrumental metodológico presentado más arriba, los dos conceptos clave de nuestra mirada: “teoría” y “crítica”. Respecto de la palabra teoría, vemos que se trata de uno de los “singulares colectivos” de la modernidad, es decir, de un término que aunque en su sentido fuerte aparece en singular, agrupa de forma abstracta el significado de sus múltiples y plurales formas concretas e históricas (Koselleck, 2012: 35). Así, la teoría es el conjunto de las teorías - como la historia es el conjunto de las diversas historias, o la modernización el conjunto de muchos procesos modernizadores, etc.-. La teoría en singular, entonces, aparece como una entidad que es más que la suma de sus partes, aunque reclama el derecho sobre los distintos significados parciales. A partir de este proceso de abstracción y unificación, el singular colectivo “teoría” se convierte en un concepto insustituible, pues a partir del momento en que se impone con esta forma, ninguna realidad ya puede ser aprehendida sin remitir a él, sea defendiéndolo o rechazándolo. A partir de la emergencia de las primeras reflexiones modernas sobre “la teoría”, ya no es posible la producción en el campo filosófico-científico sin una toma de posición respecto de su centralidad o de su dispensabilidad, sea ella explícita o implícita<sup>153</sup>. Es más, cada nueva producción filosófico-científica opera una resignificación de lo que debe entenderse por teoría<sup>154</sup>. Así, él se vuelve un concepto cada vez más controvertido. Y es

153 Hemos desplegado un estudio del concepto de teoría en distintas tradiciones de la sociología y otras ciencias humanas -como la historia intelectual y la historia conceptual- en Fraga, 2019a.

154 Respecto de los múltiples significados que suele adoptar en las ciencias la palabra “teoría”, resulta muy útil el texto de Abend (2008), que sistematiza siete usos lexicográficos diferentes del vocablo: a) teoría como proposición que relaciona dos o más variables; b) teoría como explicación causal de un fenómeno;

precisamente la creciente acumulación de todos esos diversos sentidos la que va dotando a la palabra de su sentido “total” -no porque su sentido se vaya a cerrar, sino porque abarca su multiplicidad-: el concepto de teoría alberga todas esas capas significantes, a la vez que cada nueva enunciación del mismo busca acercarse a algunas de ellas y distanciarse de otras. Esta es la idea que subyace a la propuesta de una historia conceptual: ella indaga en la historia contenida en el concepto, en este caso en el de teoría, una teoría “en general”, como distinta aunque incluyendo a las distintas teorías particulares. Y la idea de la historia contenida en el concepto cobra toda su fuerza cuando se toma nota de que por la imposición y la transformación de los sucesivos significados de la teoría se ha luchado también en el ámbito empírico, es decir, precisamente, histórico -recordemos si no los debates y las discusiones planteados por distintos teóricos sociales -los frankfurtianos entre ellos- contra el empirismo, el positivismo, el conductismo, el economicismo, la metafísica, etc., o mejor dicho, contra sus representantes “de carne y hueso”, intelectuales como ellos-.

Más específicamente, podemos ilustrar el proceso atravesado por el concepto de teoría a partir del señalamiento de tres momentos distintivos de su devenir histórico. En primer lugar, teoría era un “concepto de registro de experiencias”, es decir, se trataba de un vocablo que tomaba nota de los usos a los que se lo asociaba en el plano histórico (Koselleck, 2012: 36). Así, podemos pensar que refería, a veces más y a veces menos claramente, a la dimensión mental, ideal, conceptual, reflexiva, cognitiva, etc. de la vida social (Aristóteles, 2008). Con el paso del tiempo y la acumulación de experiencias, el vocablo se complejizó pues pasó a contener esas experiencias aún independientemente de sus usos concretos, que podían coincidir o no con alguno(s) de sus significados. Entonces, teoría se convirtió paulatinamente en un “concepto generador de experiencias”; ya no reflejaba a estas últimas, sino que las anticipaba, las moldeaba *a priori*, de tal modo que si en el plano histórico se las mencionaba, a ella venían aparejados toda una serie de sentidos (Koselleck, 2012: 36-37; Platón, 2006; 2010). En cierto modo, estos dos primeros momentos son atravesados por toda palabra. Pero hay algunas palabras que atraviesan aún un tercer momento. Por su relevancia singular en la historia se convierten finalmente en “conceptos de expectativas” -ejemplos modernos paradigmáticos de esto último son el concepto de revolución o el de estado-. Estos conceptos ponen en escena, precisamente, toda una serie de expectativas respecto a lo que se debe esperar de ellos, de quien los enuncia, de las promesas de cumplimiento que acarrearán, más allá -aquí está la clave- de si las cumplen o no. Los conceptos de expectativas, por el nivel de abstracción, unificación y generalización que han alcanzado, aparecen relativamente distanciados del contexto de su surgimiento, del contexto de la experiencia que les otorga sentido, pero a la vez, y

---

c) teoría como comprensión hermenéutica de un fenómeno; d) teoría como estudio de obras relevantes del pasado; e) teoría como cosmovisión general; f) teoría como toma de posición normativa; y g) teoría como modo de abordaje de problemas del pensamiento.

como contrapeso de esto, aparecen infinitamente enriquecidos con una pluralidad casi omniabarcadora de significados. Y sobre todo, adquieren la capacidad de movilizar ciertas acciones, de motivar ciertos comportamientos, de abrir todo un horizonte de potencialidades, de activar “utopías” (Koselleck, 2012: 37<sup>155</sup>).

En el caso de la teoría, en tanto concepto de expectativas, ella puede -y suele- ser inculpada por exceso de especulación, pero también puede -y esta es la posibilidad explorada por la teoría crítica frankfurtiana- entrar en contacto de manera más profunda con toda una serie de preocupaciones históricas -desde preocupaciones generales como el establecimiento de una forma más racional a la vez que más ética de convivencia humana, hasta preocupaciones más específicas como la explicación del fracaso de ciertos grandes relatos en torno a la transformación social en dicha dirección-. Más en concreto, la teoría moviliza la promesa de poder dar una respuesta mejor informada -es decir, más sistemática- acerca de las posibilidades de una acción mejor orientada -es decir, crítica-. Por otro lado, con este proceso de “universalización” del concepto, sujeto y objeto “intercambian papeles”: la teoría ya no es únicamente el objeto producido por los sujetos humanos, sino que la teoría en sí misma deviene sujeto activo, mediante el cual se puede incluso llegar a influir en la vida y la acción humana, devenida además su objeto de estudio. Como todo concepto, el de teoría presenta tanto una “pragmática” como una “semántica”. Su semántica, que se relaciona con su contenido concreto, con la acumulación de experiencias “grabadas” en él durante años o siglos, acarrea la consecuencia de llenar a la teoría de significados vivenciales, a la vez que la limita, puesto que en este nivel ella puede referir a dichos significados y a nada más. Su pragmática, en cambio, se relaciona con la búsqueda de una efectividad, de una performatividad, que se pueda lograr mediante su uso independientemente de su contenido experiencial. En este otro nivel, aunque la teoría se vacía para adquirir mayor abarcabilidad, ella deviene infinitamente más productiva en función de alguna orientación que la trascienda. Esta “tensión productiva” del concepto, además, se vincula estrechamente con su capacidad de “estabilizarse” una y otra vez, es decir, de volver a readaptarse al mundo con cada nueva enunciación, lo cual, como siempre ha dicho la perspectiva crítica, para el caso de la teoría sólo puede lograrse mediante su propia utilización “autocrítica” (Koselleck, 2012: 49). En este sentido, el de teoría es un verdadero “metaconcepto”, en tanto opera incorporando en sí mismo de manera constante las propias condiciones que lo hacen posible, así como la conciencia de sus propias consecuencias tanto deseadas como indeseadas<sup>156</sup> (p. 64).

---

155 Dentro del pensamiento filosófico-científico, los autores clave del utopismo han sido, históricamente: Moro, 2007; Campanella, 2006; Fourier, 1975; 1989; Owen, 1982; Saint-Simon, 1960; Bloch, 2007; y el propio Marcuse, 1968.

156 A esto que la teoría crítica llama autocrítica, la teoría social más en general lo ha denominado generalmente su capacidad y necesidad de “reflexividad” (Gouldner, 1973; Giddens, 1995; Bourdieu y Wacquant, 2005).



Como muestra la historia conceptual, todo “concepto fundamental” posee una “estructura temporal interna”, en la que se alojan tanto sus significados pasados, su historia, como variadas expectativas de futuro (Koselleck, 2012: 37). Así, para el caso del concepto de teoría, él alberga en sí tanto la acumulación de los múltiples estratos significantes recogidos y superpuestos a lo largo del tiempo de su existencia como palabra en uso, como aquellas promesas utópicas recién mencionadas. Más concretamente, la teoría puede ser tanto una instancia prescindible o bien -alternativa en nuestra opinión preferible- una instancia central del quehacer académico, intelectual, investigativo; así, puede ser una teoría que busca comprender, explicar, transformar, o todo esto a la vez; puede ser una teoría tradicional o, mejor, una teoría crítica, o incluso autocrítica. Esto en cuanto a sus significados recibidos, heredados. Pero en cuanto a sus significados abiertos al porvenir, la teoría puede ser una dimensión de la tarea cognitiva a eliminar progresivamente, o bien -como proponemos junto a nuestros autores de cabecera, Horkheimer y Marcuse- una dimensión a ampliar y profundizar; así, puede ser la base en que se apoye la acción humana, un ingrediente en la búsqueda del bienestar social o incluso un elemento clave de una revolución<sup>157</sup>. En este vaivén entre pasado y futuro, imbricado con la toma de posición siempre presente que cada nueva enunciación de la teoría supone, es que emerge la temporalidad singular contenida en su concepto. Y de esta temporalidad surge a su vez un “potencial de movimiento” del concepto, incluso con independencia de su contenido explícito (*ídem*). Como habíamos visto ya, la teoría puede perfectamente movilizar a la acción, en un sentido lato pero también en un sentido fuerte. Y es aquí que deberíamos agregar, junto al término teoría -entendido como el producto del quehacer intelectual-, el término “teorización” -entendido como el proceso de producción de ese producto que es la teoría-<sup>158</sup>. De hecho, en términos lógicos, hablar de teoría como de un producto acabado carece de sentido, en tanto la teoría está siempre siendo reformulada, puesta a prueba, llenada y vaciada de preocupaciones existenciales. Por ello, en realidad la teoría es en todo caso la instantánea de un estado dado del proceso continuo de teorización, una puesta entre paréntesis del mismo que no debe perder de vista que ha sido extraído de un todo más amplio.

157 En realidad, desde siempre la perspectiva crítica tuvo una relación ambivalente, pero más positiva que negativa, con la teoría. Desde Karl Marx (2006) se hace uso de la reflexión filosófica para comprender a la vez que transformar el mundo, puesto que teoría es conocimiento y el conocimiento permite adquirir conciencia, como dirán luego Gyorgy Lukács (2013) y Karl Korsch (1971). Pero el punto máximo es alcanzado por Vladimir Lenin cuando sentencia que "sin teoría revolucionaria no puede haber práctica revolucionaria" (Lenin, 2009).

158 Respecto de la noción de teorización, resulta muy pertinente el texto de Swedberg (2011) quien en esta misma línea parte de la idea de que una teoría se hace, no sólo se aplica o se usa. Ese momento productivo, que se enmarca en lo que la epistemología denomina el "contexto de descubrimiento", no es ni la pura aplicación de teorías anteriores, ni la pura interacción con la empiria. Se trata de un diálogo abierto entre ambas instancias. Si bien la teoría requiere para su desarrollo de cierta rigurosidad, el momento previo de teorización -es decir el proceso, no el producto- requiere de elementos tales como la imaginación, la creatividad o la flexibilidad.

La teoría, en definitiva, es un “concepto de compensación temporal”, especialmente en la medida en que sea una teoría crítica, porque de este modo estará siempre “en disposición” al cambio, al porvenir, siempre condenada a transmutarse, a readaptarse, a volverse sobre sí misma reflexivamente (Koselleck, 2012: 109). Dado todo lo anterior -postura que coincide con la postura fuertemente normativa de la teoría crítica-, en última instancia una teoría sólo es tal -teoría en general, en singular, teoría como concepto fundamental, como metaconcepto-, si es crítica y principalmente si es crítica de sí misma, es decir, autocrítica. Si este requisito se cumple, entonces nos encontramos frente a una teoría perpetuamente proyectada hacia el futuro, a la vez que cimentada sobre los aprendizajes del pasado, y arraigada en lo que cada nuevo presente permite interpretar como necesidad en un sentido histórico. Ahora bien, como este entrelazamiento de pasado, presente y futuro no puede observarse de manera directa, inmediata, suelen utilizarse “metáforas” para ilustrar la estructura temporal de los conceptos (Ricoeur, 1996; Blumenberg, 1998). Así, dentro del pensamiento filosófico-social, han sido abundantes las metáforas de la teoría como “iluminación”, “ilustración” o “clarificación” -metáfora lumínica-; otras como “construcción”, “estructuración”, “sistematización”, “aparato”, “cimiento” o “caja de herramientas” -metáforas mecánicas, artefactuales, arquitectónicas-; y finalmente un tercer tipo que entiende a la teoría como “entramado”, “red”, “marco”, “escena”, etc. -es decir, metáforas que podríamos llamar “de contención”-. Lo que todas estas metáforas nos refieren son procesos, movimientos, acciones desplegadas en el tiempo y el espacio, productos del quehacer humano.

Pero además de una estructura temporal -o podríamos decir diacrónica-, los conceptos fundamentales también presentan una estructura que podríamos llamar sincrónica, puesto que refiere a elementos que en su seno se interrelacionan de manera simultánea antes que consecutiva. Como afirma la historia conceptual, los conceptos nunca están aislados sino que siempre aparecen integrados en “redes conceptuales”. Así, cada concepto tiene un “contraconcepto”, además de conceptos superiores e inferiores, anexos y adyacentes. Para el caso del concepto de teoría, es claro que según cuál sea nuestra definición del mismo, variará la red conceptual en la que aquel se inserte. Dado que este ensayo constituye una defensa de un tipo de teoría crítica, podemos pensar que su contraconcepto sería doble: por un lado, aparecería como concepto antinómico el de empiria, o mejor dicho -dado que dicha instancia nunca existe en forma pura-, el concepto de teoría empirista, es decir, aquella que desconoce, o conoce pero oculta, su elemento inherentemente teórico. Pero también aparecería como concepto antinómico el de teoría tradicional, una teoría conservadora, limitada a duplicar en el plano ideal e ideológico la realidad transteórica, empírica, material, y por ello generalmente asociada a algún poder establecido, del tipo que sea.<sup>159</sup> En paralelo a

<sup>159</sup> Son por demás conocidas las disputas epistemológicas de la teoría crítica contra el empirismo; ver especialmente Adorno (1973). Respecto a la crítica de la teoría en su versión tradicional, remitimos

esto, podríamos analizar los conceptos superiores de una teoría crítica, aquellos que lo influyen “desde arriba”: así, por ejemplo, conceptos como los de “cuestiones existenciales”, y un poco más abajo, los de “necesidades históricas”, cumplen este papel, puesto que orientan el contenido y la forma de la teoría crítica. Del mismo modo, sus conceptos inferiores, aquellos que condicionan a la teoría “desde abajo”, desde la materialidad de un mundo objetivado y por eso coactivo, podrían ser conceptos como el de “realidad factual”, y un poco más arriba, el de “relaciones de fuerza” -económica, política, cultural- que posibilitan/limitan el desarrollo de la teoría<sup>160</sup>.

La teoría entendida de este modo autorreflexivo, como teoría sobre la que se teoriza, implica un “modo contrafáctico” de concebirse a sí misma y al mundo. Por un lado, porque contiene la idea de que lo experimentado y conceptualizado en un momento anterior nunca es suficiente para anticipar el futuro, que en este sentido siempre tiene algo de novedoso, de sorprendente, de abierto. Pero también, porque en consonancia con un mundo siempre cambiante debe ella misma, la teoría, cambiar siempre para “poder ponerse a tono”, estar “a la altura de su tiempo”, redefiniéndose continuamente en cuanto a su forma, a su contenido, en una palabra, en cuanto a su toma de posición en ese mundo, en cada uno de sus momentos. Y por último, aunque no por ello menos importante, porque si pretende mantener una entidad propia, el sentido de que constituya una instancia específica no puede reducirse a constatar la existencia de lo existente, a reproducir lo que ya está producido, a duplicar lo ya dado. Su tarea específica, su singularidad, es poder afirmar estados de cosas que ya no existen o que aún no existen, pero que pueden llegar a -o volver a- hacerlo: como mínimo, como utopías movilizantes, y como máximo, como realidades factuales, aunque generalmente como planes o proyectos con grados de cumplimiento intermedios. Siguiendo este razonamiento, llegamos a la conclusión de que en cierto sentido toda teoría, si se respeta a sí misma y no busca su propia exterminación, es crítica -aunque no lo busque conscientemente-, puesto que por definición enuncia siempre algo que no es la realidad factual misma, siempre dice a la vez menos y más que ella: menos porque el mundo es infinito y no es posible decirlo todo, y más porque el lenguaje no es representacional sino que ayuda a forjar el mundo al enunciarlo (Luhmann, 1996). Entonces, a diferencia de lo que suelen afirmar varias perspectivas detractoras, la teoría no es el momento contemplativo, pasivo, de la vida, sino que por el contrario constituye un elemento activo, un constante apuntar en cierta dirección deseada, un permanente desentrañar lo real y lo posible, un perpetuo ilustrar o iluminar lo que de otro modo permanecería como vivencia más opaca, o directamente a oscuras.

---

especialmente a su formulación original (Horkheimer, 1974).

160 Acerca de la dialéctica entre estas distintas instancias ideales y materiales, recomendamos volver al ensayo clásico sobre la cuestión (Horkheimer y Adorno, 2001).

## 6. Análisis del concepto de crítica

Avancemos ahora sí al análisis del concepto de “crítica”. La crítica es lo que la historia conceptual denominaría un “concepto reflexivo procesual”, es decir, una palabra que al igual que la anterior implica actividad, movimiento, apertura al futuro, vuelta sobre sí (Koselleck, 2012: 105). Pero a diferencia de otros conceptos, el de crítica es tanto un fin como un infinito: la crítica es el objetivo determinado, la meta definida que se propone alcanzar una teoría crítica; pero también la crítica debe ser consciente de que una vez logrado ese fin, éste de algún modo se escabulle y es necesario volver a intentar alcanzarlo, y esto en un proceso infinito. En este sentido la crítica es un fin, un propósito, pero no puede tener fin, a menos que pretenda convertirse en alguno de sus contrarios: un dogma cerrado, o una resignación conformista. Por esto debemos hablar de una “dialéctica negativa”, y no de una dialéctica positiva (Adorno, 2005). En el concepto de crítica, en particular, la temporalización es quizás uno de sus elementos centrales: está contenido en la definición más básica de la crítica que ella debe, en un presente, tomar por objeto lo ya existente, lo pasado, de modo tal de transformarlo en lo que viene, en un futuro. Nuevamente aquí, como en el caso anterior, vemos que la crítica pasa de ser un objeto -algo producido por un sujeto humano- a ser ella misma su propio sujeto -una entidad activa que toma al resto del mundo por objeto, puesto que todo puede ser criticado-. Y también del mismo modo que en el caso del concepto de teoría, el de crítica constituye, por todo lo dicho, uno de los “conceptos fundamentales” de la modernidad, uno de sus singulares colectivos clave. En efecto, como veremos en lo que sigue con más detalle, la crítica ha venido convirtiéndose en uno de los términos políticos centrales de nuestra era, puesto que, a partir de su abstracción, generalización y universalización, hoy puede referir al conjunto de las más variadas críticas en plural, y a la crítica en general, al mismo tiempo, de modo tal que puede ser -y de hecho suele ser- reivindicado por casi cualquier grupo político -en sentido amplio-<sup>161</sup>.

La crítica, en singular, es una palabra clave “polivalente”, un “concepto de lucha político”, pues puede ejercerse desde cualquier punto de la estructura social, y por ende desde cualquier punto de vista teórico; del mismo modo puede dirigirse, es decir, tomar por objeto, a cualquier otro punto de la estructura social y con ello a cualquier teoría o porción de una teoría. Es por esto que incluso puede resultar difícil legitimarse políticamente -en sentido amplio- sin levantar algún tipo de crítica hacia el resto de los “puntos” sociales y/o teóricos. Es por esto también que la crítica puede funcionar como una fórmula a ser llenada con cualquier contenido. Sin embargo, como muestra la

<sup>161</sup> Respecto de la relación entre la crítica y las ciencias sociales contemporáneas, y más específicamente la sociología de la segunda mitad del siglo XX, ver Aronson, 2011. Allí se muestra cómo en distintos períodos de la historia reciente de la Argentina, los sociólogos se autodefinen como “intelectuales” que de algún u otro modo -reformista o revolucionario, profesionalista o politizado, desde el estado o desde la sociedad civil- pretenden estudiar a la vez que transformar la realidad. Visto esto, nuestro ensayo busca posicionarse como heredero de esa amplia tradición que opta por la crítica como “vocación”.

perspectiva de Frankfurt, la "crítica formalista" deviene en "relativismo extremo" -o "nihilismo", puesto que en principio cualquier valor, progresista o reaccionario, puede ser defendido y atacado. Y si todos los valores están al mismo nivel, si todo puede ser criticado, entonces en el fondo nada es criticado, pues las relaciones de fuerza prácticas y teóricas se mantienen tal como estaban. Por ello aquí defendemos, junto a ellos, un tipo de "crítica sustantiva", que tome posición explícita por ciertos valores por sobre otros<sup>162</sup> (Horkheimer, 1995). El tipo de crítica sustantiva que defendemos tiene que ver con generar la obligación, a todo y cualquier poder ya instituido o tradicional -y tanto a nivel práctico como teórico-, de justificarse: de debatir en el terreno de la argumentación racional-valorativa, sometiéndolo así a la presión de su transformación en una dirección no-estatuyente o progresista<sup>163</sup>. Pero además, la crítica sólo mantiene su validez en tanto se la concibe de forma iterativa, es decir, como un desafío permanente, como un proceso que puede y debe repetirse incansablemente. Porque aunque cada contexto histórico social general o intelectual particular es obviamente diferente, la posibilidad estructural de la crítica mantiene su capacidad y su lógica interna. Debe ser concebido, en definitiva, como un verdadero "concepto periódico iterativo". De hecho, cuanto más se repite la actividad crítica, paradójicamente, mayor capacidad de innovación, de creatividad o transformación adquirirá<sup>164</sup> (Marcuse, 1969; Wright Mills, 1959; Boltanski y Chiapello, 2002).

El concepto de crítica es especial porque combina claramente el elemento cognitivo con el valorativo, es decir, el análisis de las condiciones históricas -sociales generales o intelectuales particulares- con la tematización de las potencialidades ético-políticas dadas. Habíamos dicho que la crítica permitía ser ejercida desde los distintos puntos de vista teóricos y sociales. Pues bien, especificando esto, podemos agregar que un primer tipo de crítica se realiza "de arriba hacia abajo": las teorías filosófico-científicas y cosmovisiones sociales hegemónicas justifican sus posiciones de superioridad a partir de criticar a las que se encuentran en situación de inferioridad. Un segundo tipo de crítica se realiza "de abajo hacia arriba": teorías y cosmovisiones subalternas cuestionan sus posiciones de inferioridad a partir de criticar a las que se encuentran en

---

162 No está de más subrayar que una toma de posición explícita no equivale de ningún modo a la identificación con un partido político específico, ni siquiera con un grupo social específico. Cualquiera de estas dos últimas opciones constituye siempre, de hecho, un peligro para la crítica: en tanto identificación con algo concreto, constituye una toma de posición que bien puede volverse cerrada, incluso dogmática. La toma de posición de la que aquí hablamos es respecto a ciertos valores teóricos, a ciertos ideales, no a personas ni instituciones empíricas.

163 La cercanía entre la postura aquí desplegada y la de Jürgen Habermas (1981; 2010), no es coincidencia. Por el contrario, Habermas es la figura principal de la "segunda generación" de la Escuela de Frankfurt, quien se dedicó a desarrollar la perspectiva de la teoría crítica en un sentido específicamente comunicativo, discursivo, argumental y dialogal.

164 Acerca de la relación entre creatividad y crítica recomendamos el libro de Cristiano (2017). Allí, el autor analiza cómo el moderno capitalismo neoliberal logra cooptar el concepto de creatividad de su origen crítico, y cómo es necesario entonces distinguir entre creatividad neoliberal o consumista, y creatividad crítica.

situación de superioridad. Finalmente, podemos pensar en la existencia de un tercer tipo ideal de crítica que en principio puede ejercerse tanto “hacia arriba”, “hacia abajo” como hacia “los lados”: teorías y cosmovisiones que no son ni la punta ni la base de la pirámide de las jerarquías filosófico-científicas y/o sociales pueden desnaturalizar, criticándolas, tanto las posiciones de inferioridad como las de superioridad, y así, todo el ordenamiento de las teorías y las cosmovisiones vigente; o lo que es lo mismo: la totalidad social<sup>165</sup> (Jay, 1984). Lo que queda claro mediante este esquema es que la crítica, en abstracto, puede tanto ayudar a reproducir como a transformar el orden social, en tanto tiene la capacidad lógico-conceptual de entrañar experiencias interpretables en sentidos incluso opuestos; la crítica como forma discursiva trasciende a los distintos grupos de hablantes/escritores/actores simbólicos<sup>166</sup>. A pesar de esto, la crítica sustantiva que defendemos, es decir la crítica como contenido y no como mera forma, sí suele vincularse a ciertos grupos de hablantes/escritores/actores más que a otros; así, en este ensayo, defendemos especialmente aquellas formas de crítica que se realizan “de abajo hacia arriba” como “hacia los lados”, es decir, aquellas que se ejercen en función de valores transformadores-progresistas<sup>167</sup>.

La crítica, como muchos otros conceptos fundamentales, presenta la peculiaridad de que tanto el adjetivo -la teoría “crítica”- como el sustantivo -la “crítica”- se derivan originariamente de un verbo -“criticar”-. Gracias a ello, tanto el adjetivo como el sustantivo, que son las formas que aquí estamos utilizando, muestran un rasgo activo, una capacidad creadora, un carácter dinámico, un elemento procesual, una dimensión diacrónica. Se trata de un concepto que mira al futuro, que se define a partir de su propio cometido de impulsarse a sí mismo hacia adelante, que en tanto se realiza vuelve a convertirse en su propia meta móvil, que cada paso que da exige ya pensar en el paso siguiente. Por otro lado, nosotros -dentro de la tradición de la perspectiva frankfurtiana- utilizamos la forma adjetiva y sobre todo la sustantiva, pues, como afirma Koselleck, “sólo mediante su sustantivación los conceptos sirven para la teorización”<sup>168</sup> (2012: 208). Es que sólo los sustantivos -y mucho más los sustantivos

165 El ejemplo más claro de este tercer tipo analítico de crítica es quizás el de la crítica ejercida por el estrato intelectual de la sociedad, el cual, en general, no ocupa las posiciones superiores pero tampoco las inferiores de la jerarquía social material-simbólica (Gramsci, 1984; Mannheim, 2004).

166 Esto es lo que Wright Mills y Gerth (1961) señalan como la diferencia entre el uso de “símbolos maestros” -o “símbolos de justificación”- y el uso de “contrasímbolos” -o símbolos críticos”-.

167 Hablamos de valores transformadores-progresistas y no simplemente de valores transformadores, porque como sabemos, la transformación social, aun siendo deseable en el plano teórico, en el plano práctico puede conducir a estados de situación igual de reaccionarios o a veces incluso peores que el vigente. En una palabra: porque hay tanto cambios “para peor” como cambios “para mejor”, y sólo nos interesa promover estos últimos, y no el cambio *per se*.

168 Del mismo modo, como muestra Hans Blumenberg, continuador de Koselleck, el uso del “artículo determinado” en lugar del “indeterminado” es uno de los “medios auxiliares más importantes para el surgimiento del lenguaje teórico” (Blumenberg, 1998: 184); así, por ejemplo, hablamos de “la” teoría en general, y no de “una” teoría como distinta de *n* cantidad de “otras” teorías.



derivados de verbos- pueden luego ser utilizados como sujetos en las oraciones, en cuanto a la dimensión sintáctica del lenguaje. Y como sabemos, son los sujetos los que generan “predicados”, es decir, los que pueden ser concebidos como sujetos en el sentido fuerte de agentes, de actores, con capacidades activas. Por otro lado, es por este juego entre el verbo, el adjetivo y el sustantivo que el concepto puede usarse para referir tanto a una actividad -criticar- como a una actitud -crítica- o incluso a un género discursivo -crítica cultural, crítica ideológica, etc.-.

## 7. Etimología e historia del concepto de crítica

Respecto al concepto de crítica, y a diferencia del de teoría, la historia conceptual ha reflexionado particularmente, especialmente en el texto de Koselleck *Crítica y crisis. Estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*. Por ello, a continuación realizaremos dos análisis más en torno suyo: el primero, de carácter etimológico; el segundo, de carácter histórico. Respecto a su etimología, la palabra crítica coincide con la palabra “crisis” en provenir de un mismo origen griego: “*krino*”, que significaba escisión, pugna, decisión y veredicto. La misma raíz aparece en el latín: “*cribum*” es criba o cedazo, objeto de autoridad con el que se acompaña un juicio sobre alguna cuestión polémica. La palabra ingresa así en los distintos idiomas europeos -italiano, francés, inglés, alemán, español, portugués-. En estos idiomas, se habla de crítica, desde los albores de la modernidad temprana, en tres contextos distintos: un contexto jurídico, un contexto médico y un contexto religioso. En el sentido jurídico, la crítica tiene que ver con la enunciación y performación de un veredicto en un juicio en función de cierto régimen legal, a partir del cual el sujeto juzgado puede quedar absuelto o resultar penado. En el sentido médico, se habla del momento crítico de una enfermedad, momento bisagra en el que se adquiere conocimiento acerca de la salvación o muerte del paciente en cuestión. En el sentido religioso, la crítica de las escrituras sagradas era la práctica erudita de quienes se encargaban del estudio y de la interpretación de algún dogma trascendente. Con el paso del tiempo, este último contexto fue dando paso a la hermenéutica filológica secular, de modo tal que con el avance de la modernidad, crítica pasó a ser principalmente el nombre del estudio y la interpretación de escritos laicos, filosóficos, literarios o incluso histórico-arqueológicos, y, finalmente, teórico-científicos<sup>169</sup> (Koselleck, 2007: 196-203).

Como podrá apreciarse, en todos los casos subyace la idea de una verdad, religiosa o laica, a descubrir, así como en todos los casos se adivina la idea de una lógica a seguir

---

169 Precisamente, la tradición de la hermenéutica (Gadamer, 1997) ingresa luego en las ciencias sociales de cuño comprensivista (Weber, 1990; Schütz, 1993; Berger y Luckmann, 1972) por intermediación de la disputa en torno a la identidad y al método empático de las ciencias del espíritu (Windelband, 1949; Dilthey; 1949; Rickert, 1968). Acerca de esta trayectoria en la teoría sociológica ver Fraga, 2015c. Además, la propia teoría crítica frankfurtiana se nutre de manera directa de posturas hermenéuticas contemporáneas (paradigmáticamente, Marcuse se nutre de Heidegger, 1993).

para poder alcanzar dicha verdad. Asimismo, esa lógica siempre viene definida por alguna instancia normativa, sea jurídica, médica, teológica o humanístico-científica. Otro detalle de relevancia es que en todos los casos la crítica es una actividad reservada a ciertas categorías de iniciados: jueces, médicos, teólogos, filósofos, filólogos, etc., de lo cual puede concluirse que la noción viene acompañada de una idea de capacidad, de habilidad, de adiestramiento, de posesión o adquisición de algún conocimiento específico. Y este conocimiento, además, no funciona como una garantía inmediata de la posesión de la verdad, sino que en todos los casos la decisión es precedida por una instancia deliberativa, de estudio, de debate, de sopesamiento de alternativas, de pruebas, de exámenes. Por otro lado, estos iniciados, aunque evidentemente en posesión de cierta autoridad, prácticamente nunca están en la cúspide de la jerarquía de la autoridad dentro de su orden social, y de hecho podríamos decir que en cierto sentido constituyen una amenaza al mismo, por la posesión misma de un tipo de autoridad diferente a la basada en la fuerza o en la ley: una autoridad basada en el conocimiento<sup>170</sup>. Por último, podrá apreciarse que la crítica, en tanto juicio, decisión, veredicto, diagnóstico, supone siempre sin embargo una promesa, una potencialidad de salvación, de redención, de liberación, de sanación (Koselleck, 2007: 242-261).

Por otro lado, en términos históricos, el concepto de crítica fue usado por los sujetos autoidentificados como modernos como forma de distinguirse de los antiguos. La crítica se constituyó así como una suerte de frontera a la vez que de intermediación entre el viejo y el nuevo mundo, frontera e intermediación principalmente temporales. En efecto, la crítica en su sentido moderno apareció como forma de la "autoconciencia burguesa", aplicada a la diferenciación entre lo anterior y lo posterior que para los modernos no era sino la diferenciación entre lo malo y lo bueno, lo falso y lo verdadero. En esta operación, la razón era el parámetro, y el ciudadano el ejecutor de dicho parámetro. Lo intelectual y lo moral se fusionaban así con lo político e incluso con lo trascendental, en tanto la crítica moderna fue ejercida primeramente contra las instancias de poder estatales-absolutistas y eclesiástico-religiosas. Así, la noción de verdad pasó de su locación antigua en la revelación -religiosa- a su locación moderna en la razón -laica- (Koselleck, 2007: 98-111). Pero dadas las características de la racionalidad, ella no se conformó con esta primera forma de la crítica moderna sino que se volvió contra sí misma, emergiendo así la crítica contra la misma burguesía,

---

170 Esto es lo que Bourdieu (1990), estudioso del campo académico y de sus relaciones de fuerza con el campo político y el campo económico, muestra cuando afirma que los intelectuales son "la fracción dominada de las clases dominantes", pues a pesar de su máxima posesión de capital cultural, poseen bajo capital económico y simbólico. Por otro lado, debemos asentar que, aunque esto es cierto para los países centrales -o del "norte"-, en los países periféricos -o del "sur"- la situación es aún peor. Allí, los intelectuales conforman apenas "la fracción dominante de las clases dominadas", pues poseen capital económico aún más bajo, sumado a condiciones laborales estructuralmente inciertas, flexibilizadas, pauperizadas, tercerizadas, con estados más débiles, etc. (Fraga, 2017a).

contra su nueva forma de poder adquirido y contra su concepción de razón unilateralmente utilitaria (Horkheimer, 1973). Entonces, así como la crítica moderna originaria sirvió para cuestionar la idea de una temporalidad circular, cíclica, y en última instancia estática, la crítica posterior sirve para cuestionar la idea de una temporalidad lineal, progresiva, teleológica. La crítica ya no sólo permite cuestionar a la religión o al totalitarismo sino a cualquier tipo de poder establecido, e incluso al sentido común, que también constituye una forma de autoritarismo. La crítica permite hoy ser retomada no sólo como una distinción respecto del pasado, sino principalmente como una distinción respecto del presente, siempre de cara al futuro. Nos interesa entonces una crítica que, basada en su potencialidad histórica, cuestione no sólo algunos privilegios, sino todos; que como su versión originaria se proclame de modo libre y público, pero que se torne una capacidad verdadera y materialmente democratizada -y no sólo nominal o formalmente democrática-.

Para lograr esto, sin embargo, deben cumplirse, a nuestro juicio, ciertos requisitos. En primer lugar, la concepción de historia de esta crítica deberá ser la de una historia con un desenlace abierto. En segundo lugar, la crítica no puede sucumbir a una falsa apariencia de neutralidad, a riesgo de devenir mera hipocresía: la crítica no es hoy un juez imparcial ni un médico aséptico ni un teólogo comunicándose con algún dios, sino que es siempre una toma de posición ético-política. En tercer lugar, y por lo recién dicho, la crítica debe concientizar sus consecuencias, pues aunque se despliegue en el plano discursivo, conceptual, en su nombre se toman decisiones y se realizan actos concretos de los que por ello se tiene cierta -aunque no toda- responsabilidad. En cuarto lugar, la crítica debe ser un proceso constante, porque cuando la crítica se detiene, algún tipo de crisis sobreviene -no en vano ambos conceptos están etimológicamente conectados de raíz-. No es que la crítica no produzca a su vez crisis, pero son crisis buscadas en pos de una superación emancipadora, y no crisis vivenciadas de manera fatalista. En quinto lugar, hemos visto que la crítica opera en base a distinciones, divisiones, escisiones, y esto es inevitable e incluso productivo; sin embargo, y en contra de la postura política de algunos referentes cercanos a la historia conceptual, pretendemos que esas separaciones sean múltiples y complejas, y no dualistas y reduccionistas<sup>171</sup>. En sexto lugar, la crítica no sólo debe ejercerse contra un exterior, sino también contra su propia interioridad, contra sí misma, analizando sus propias aporías y paradojas, sus propios puntos ciegos; en una palabra, la crítica debe ser autocrítica<sup>172</sup>. Debe desenmascarar a los otros como a ella misma, derribar toda

---

171 Nociones como la de amigo/enemigo de Carl Schmitt (1999), quien fuera maestro de Koselleck, no sólo no captan a nivel teórico la complejidad del mundo, sino que a nivel práctico coadyuvan a la reproducción de ciertas lógicas extremas y violentas, contrarias por ejemplo a los valores defendidos por la perspectiva crítica de Frankfurt -como los de libertad o emancipación, igualdad o justicia social, solidaridad o cooperación-.

172 Quien más ha desplegado esta noción de autocrítica es un relevante pensador crítico actual, Michael Walzer, especialmente en conexión con una teoría social, cultural y política de izquierdas a la que

mistificación sin mistificarse ella misma; si proseguimos la metáfora jurídica, ella debe acusar a los otros puntos de vista como al suyo propio, a la manera de una “autoconfesión”. En este sentido, y a pesar de que se define como una toma de posición con la que se compromete, la crítica debe lidiar con la incertidumbre. En séptimo lugar, la crítica debe estar fundamentada, debe poder argumentar su posición, debe basarse en el conocimiento, en el estudio, y no en el prejuicio ni en prenociones<sup>173</sup>. Y en último lugar, debe permanecer siempre en la memoria de la crítica una de sus propias mejores tradiciones, la filológica, es decir, la del trabajo riguroso y comprometido sobre textos, sobre discursos, sobre lenguaje, en la búsqueda de su comprensión pero también con algún objetivo trascendente: en definitiva, la crítica nunca debe olvidar que es una forma del trabajo teórico.

### 8. Afinidades entre historia conceptual y teoría crítica

Para concluir este ensayo volveremos al inicio, reflexionando nuevamente sobre nuestro objeto de investigación, la teoría crítica, en su relación con nuestra metodología de investigación, la historia conceptual<sup>174</sup>. Concretamente, intentaremos aquí poner a prueba la posibilidad de concebir a los conceptos de “teoría” y de “crítica” como “equivalentes funcionales” de las categorías de “experiencia” y “expectativa”, según el lugar que a ellas les es otorgado dentro del proyecto intelectual de la historia conceptual. Recordemos antes que nada que Koselleck afirma que el “espacio de experiencias” y el “horizonte de expectativas” son las dos categorías fundamentales, indispensables a la hora de analizar la historia de cualquier concepto, porque ellas dan cuenta, precisamente, de la historia contenida en el concepto y de las formas en que los conceptos hacen moverse a la historia. Dicho esto, a continuación intentaremos desplegar las razones por las que esta propuesta de vinculación entre “teoría” y “experiencia”, por un lado, y “crítica” y “expectativa”, por otro, puede resultar factible.

En primer lugar, “teoría” y “crítica” son, al igual que “experiencia” y “expectativa”, categorías en principio puramente “formales” (Koselleck, 1993: 334), pues los múltiples y virtualmente infinitos contenidos con los que ellas pueden ser llenadas no se deducen de ellas de ningún modo: en efecto, “teoría” puede remitir a cualquier teoría de cualquier tipo, y “crítica” puede ser cualquier crítica enunciada desde cualquier punto de vista. Se trata de categorías que no conllevan de manera necesaria ninguna “determinación”, que “aún no dicen nada”. Y sin embargo, a la vez se trata de

---

caracteriza como un "liberalismo comunitario" de fuerte tinte filosófico-moral (1985; 1987; 1993).

173 Esta postura acerca a la historia conceptual a la mejor tradición sociológica. Nos referimos a la lucha contra los prejuicios y las prenociones librada desde Durkheim (2001) hasta Bourdieu (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 2002).

174 Algunos renombrados estudiosos contemporáneos de la teoría crítica han mostrado ya la conexión entre ella -por ejemplo, en el caso concreto de Marcuse- y la propuesta de una “histórica” por parte de Koselleck -propuesta sobre la que diremos algo un poco más abajo- (Romero Cuevas, 2012). Por otra parte, otros han unido teoría crítica con "historia de las ideas" (Sazbón, 1997).

categorías procedentes del “mundo de la vida”: ellas emergieron por primera vez para dar nombre a vivencias concretas y particulares de personas situadas espacial y temporalmente, constituyendo en ese primer momento “conceptos de registro de experiencias” (Koselleck, 2012: 36). Pero con la acumulación de la historia, y el creciente proceso de “abstracción” y “generalización”, fueron mutando, como la mayor parte del vocabulario en la modernidad, en “conceptos generadores de experiencias” (p. 36-37). Hasta aquí no hay novedad, pero nuestra hipótesis en este punto es que “teoría” y “crítica” llegaron aún un paso más allá, por lo que pueden ser considerados verdaderos “conceptos de expectativas” (p. 37), puesto que aún completamente vaciados de su contenido “semántico” (p. 46), de su plenitud histórica, han adquirido cada vez más un potencial “pragmático” (p. 46) enorme, una capacidad de “lucha política” singular<sup>175</sup>. Entonces, si bien al ser utilizadas como “singulares colectivos” (p. 35) -“la” teoría en general, “la” crítica en general- no “cuentan” ya ninguna historia específica, pasada, sí se han vuelto en cambio “condiciones” de “historias posibles”, futuras (Koselleck, 1993: 335). Por nombrar algunos ejemplos, cuando se está convencido de que “sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria”<sup>176</sup>, o también, cuando se afirma que la crítica es el primer paso de cualquier cambio, transformación, novedad o acontecimiento.

Es esta tematización de las condiciones de posibilidad de historias posibles, propia de las categorías de “teoría” y de “crítica”, lo que en nuestra opinión las vuelve herramientas indispensables de cualquier “histórica” (Koselleck, 1997: 68-69), entendida ésta como disciplina encargada de elaborar una teorización de la historia, es decir, no de estudiar “hallazgos empíricos pasados”, sino de “preguntar” cómo resultarían factibles distintos caminos de futuro. En este sentido, teoría y crítica abarcan, incluyen y dan cuenta de “pares antitéticos” más comunes, como “adentro y afuera”, “antes y después”, o “arriba y abajo”<sup>177</sup> (p. 87). Efectivamente, desde el punto de vista de cualquier discurso teórico o crítico, él mismo es el adentro -si se piensa como ortodoxia- o el afuera -si se piensa como heterodoxia-<sup>178</sup>, el arriba -si se piensa como hegemónico- o el abajo -si se piensa como contrahegemónico-, y también el antes -si se funda en la tradición- o el después -si se funda en la revolución-. Por esto, puede decirse que teoría y crítica son “conceptos contrarios asimétricos”, en tanto calificaciones del “sí mismo” y de la “otredad” desigualmente utilizadas, aplicadas unilateralmente (Koselleck, 1993: 205). Por otro lado, y en la medida en que aquella pregunta respecto a las posibilidades de historias posibles se responde a partir del

175 En efecto, como hemos visto más arriba, no sólo la crítica sino que también la teoría es un “concepto de lucha político”.

176 Nos referimos, por supuesto, a la célebre afirmación de Lenin (2009).

177 Estas distinciones o pares antitéticos se encuentran en la base misma de nuestras estructuras categoriales antropológicas, como bien ha mostrado Lévi-Strauss (1987).

178 Quien más ha desplegado las reglas del juego entre posiciones dominadas y dominantes, o heterodoxia y ortodoxia, al interior de los distintos campos de fuerza, ha sido Bourdieu (1999).

análisis de las “pretensiones”, de la “inteligibilidad”, y de las “representaciones” del lenguaje en general, y en particular de textos orales, escritos, incluso gestuales y de señas, teoría y crítica constituyen herramientas conceptuales “hermenéuticas” (Koselleck, 1997: 70).

En segundo lugar, podemos decir que “teoría” y “crítica”, como “experiencia” y “expectativa”, son tipos de categorías de un grado de generalidad y abstracción tan elevado, pero a la vez tan imprescindibles en su uso concreto, que se asemejan en esto a las categorías de “espacio” y “tiempo” (Koselleck, 1993: 335). Efectivamente, así como no nos es posible pensar nada en el mundo que no esté, al menos mínimamente, al menos tácitamente, arraigado espaciotemporalmente<sup>179</sup>, también así parece casi imposible pensar en algún fenómeno del mundo que no se deje explicar por alguna teoría -de sentido común, científica, religiosa, etc.- y que no se deje criticar desde algún punto de vista -utilitario, moral, etc.-. En este sentido, parecería que “teoría” y “crítica” nos permiten entrar en contacto con algo de esa “condición humana universal”, pues remiten de algún modo a ciertos rasgos “antropológicos”, sin los cuales no parece posible ningún tipo de entendimiento (p. 336). De todos modos, y a diferencia del universalismo absoluto de Koselleck, preferimos postularla apenas dentro del marco de la modernidad occidental capitalista -en el que están incluidos todos los autores aquí analizados, sus objetos de indagación y nosotros mismos-. Sólo entonces, y en este sentido un poco más limitado, podríamos permitirnos concebir a estas dos categorías como “metahistóricas” (p. 337) sólo dentro del marco espaciotemporal recién señalado, pues al menos en su seno hemos visto que no sólo “están contenidas” dentro la ejecución de la historia, sino que a su vez “contienen” ellas mismas a la historia, posibilitando su despliegue.

En tercer lugar, “teoría y crítica”, como “experiencia y expectativa”, constituyen una “pareja de conceptos” de una naturaleza muy particular: su “entrecruzamiento interno” no ofrece alternativas, no se puede tener un miembro sin el otro (Koselleck, 1993: 336)<sup>180</sup>. Así como la experiencia genera expectativas y la expectativa se troca en experiencia, así también la teoría hace emerger su crítica y la crítica se cristaliza en una nueva teoría. En su concatenación constante emerge el “tiempo histórico” (p. 337),

179 Hacemos referencia aquí a los fundamentos mismos de la filosofía moderna occidental, con las categorías de espacio y tiempo según las construyó Kant (2004).

180 Aclaremos esto: no es que teoría y crítica aparezcan siempre tan unidas que conformen la misma entidad, sino más bien que siempre que hay una, la otra “anda cerca”, por decirlo de algún modo -y *viceversa*-. Así, por ejemplo, el sentido común suele ser presentado por la perspectiva frankfurtiana como un tipo ideal de teoría no crítica; sin embargo, él es constantemente criticado desde otras teorías -científicas, religiosas, jurídicas, etc.-. Pero aún más: podemos pensar que, en algún punto, el sentido común contiene, aunque parcialmente ocultada, su propia autocrítica. Así, por caso, resulta por demás interesante el estudio -que aquí sólo podemos mencionar- de “refranes populares” o de mandatos sociales mutuamente contradictorios. En definitiva, se trata de modos distintos, aunque en algún punto análogos, en que los diversos tipos de conocimientos despliegan la dialéctica, que aquí estamos sistematizando, entre teoría y crítica.



pues con ellas se puede tematizar el pasado y el futuro, siendo el presente el punto en el cual se chocan. En efecto, toda teoría vigente es vista desde la crítica como parte del pasado, de algo heredado, externo, impuesto, que a la vez se ve a sí misma como parte del futuro, del porvenir, de lo que puede y debe llegar a ser. Y de modo análogo pero invertido, toda crítica es vista desde la teoría como un proceso que es preciso cerrar, concluir, limitar, mientras se ve a sí misma como lo que corresponde, lo que hace falta, lo que solucionará los problemas<sup>181</sup>. La teoría vigente es homologable a la experiencia, en tanto “pasado presente” (p. 338) cuyo contenido ha sido “incorporado” a la historia y puede ser “recordado”; además, cada teoría “propia”, en la que se es socializado a través de generaciones, o a la que se adhiere por medio de instituciones, siempre forma parte también de teorías “ajenas”. De modo parecido, la crítica es homologable a la expectativa, en tanto “futuro presente” (p. 338) cuyo contenido, personal e impersonal a la vez, se efectúa en el hoy apuntando a un mañana, al “todavía-no”, aunando así esperanza y temor, deseo y voluntad, análisis racional e inquietud afectiva.

En cuarto lugar, al igual que sucede con la experiencia y la expectativa, en el caso de la teoría y la crítica ambas están presentes recíprocamente, y sin embargo no se pueden deducir la una de la otra. Ninguna teoría puede prever sus propios puntos ciegos<sup>182</sup>, y ninguna crítica puede pensarse a sí misma como germen de una nueva sistematización teórica. En la historia siempre sucede “algo más” o “algo menos” de lo que imagina cada crítica, y “algo más” y “algo menos” de lo que prescribe cada teoría. Entre cada nueva teoría y cada nueva crítica se superponen experiencias y expectativas “sorprendentes”, repercutiendo las anteriores en las posteriores de maneras inaprehensibles, abriendo “brechas” entre ellas y generando “tensiones” y “soluciones” impensadas (Koselleck, 1993: 341-342). En este sentido, el “vaticinio del futuro” y la “verosimilitud de los pronósticos”, aún contando con sofisticados análisis científicos o con inamovibles convicciones religioso-políticas, son nociones que sólo pueden tener un sentido muy particular: vaticinar, pronosticar, esperar, adivinar, son siempre ya acciones que modifican la situación presente. Cada nueva crítica modifica incluso la teoría vigente, que ya no puede ser vista bajo la misma luz que antes, así como cada nueva teoría, aunque autodefinida como heredera de una crítica, impide concebir a esta última de manera desvinculada de sus nuevos “efectos reales”.

En quinto lugar, al igual que “experiencia” y “expectativa”, y en tanto índices de la temporalidad humanamente vivida e imaginada, “teoría” y “crítica” no pueden

---

181 En este sentido, intuimos cierto parecido entre esta dialéctica y la lógica de construcción de espacios discursivos y de identidades -que buscan clausurarse, pero a la postre inclausurables- que desarrollan Laclau y Mouffe (2006).

182 Estos puntos ciegos de una teoría son lo que se ha dado en llamar sus “categorías residuales”, las cuales luego suelen ser el punto de partida de la crítica y de nuevas teorías que las superen (Parsons, 1968). También Kuhn (1971), más en general, tematiza esta dialéctica entre la ciencia normal, la acumulación de anomalías, y las revoluciones científicas con su cambio de paradigma.

expresarse cabalmente sino mediante “metáforas” (Koselleck, 1993: 339)<sup>183</sup>. Así, nos gustaría poner a prueba las nociones de “espacio teórico” y “horizonte crítico”. Mientras que el pasado-presente de las teorías vigentes, en tanto “existentes” o “actuales”, puede pensarse como constituyendo un espacio, como ocupando un “lugar” en el mundo -incluso materialmente, por su “encarnación” en textos orales y escritos, hasta en prácticas corporales e institucionales-, el futuro-presente de las críticas posibles, en tanto lo que enuncian como posibilidad “mejor” aún-no existe, en tanto meramente potenciales, sólo cabe pensarse como horizonte, como aquella línea imaginaria que no se logra alcanzar; que sólo es palpable por medio de un acto mental (p. 340). En este sentido, teoría y crítica son “modos de ser desiguales”: cada punto del tiempo histórico, cada acto humano permite ser pensado de manera opuesta, como producto “positivo” de una teoría determinada, o como producto “negativo” de la crítica de alguna teoría determinada. Por esto mismo, el paso de una modalidad a la otra implica un “salto”, un “hiato” (p. 341).

En sexto lugar, y retomando cuestiones ya elaboradas, sostenemos que al igual que en el caso de “experiencia” y “expectativa”, con el avance de la época moderna va aumentando progresivamente la diferencia entre “teoría” y “crítica”, pues van alejándose paulatinamente la una de la otra (p. 343). Si en las épocas premodernas la crítica se encontraba más obturada, más absorbida por el “dogmatismo”, en última instancia religioso, de las teorías vigentes, la modernidad emerge precisamente como “toma de distancia” de las teorías vigentes y de las prácticas de ellas derivadas, como “puesta en cuestión” crítica de lo dado<sup>184</sup> (Koselleck, 2007: 98-111). Con la modernidad, tanto el espacio teórico como el horizonte crítico adoptan una forma cualitativamente nueva (Koselleck, 1993: 346). Como dijimos antes, la “teoría” pasa de simplemente “reunir” a las distintas experiencias mediadas teóricamente, a implicar las expectativas a futuro de las vivencias pasadas -por tomar el ejemplo paradigmático, piénsese en la teoría científica no ya como suma enciclopédica de todos los saberes acumulados, sino como cosmovisión en función de la cual transformar la “naturaleza” y la “humanidad”-<sup>185</sup>. Asimismo, la “crítica” pasa de simple ejercicio marginal que sólo puede ser tolerado en una minoría selecta de la sociedad, a ser el fundamento mismo de la nueva sociedad -aquí los casos ejemplares son los de la antigua crítica teológica y/o filológica, y su reemplazo por la “crítica ideológica” como condición misma de la

---

183 Según la propuesta “metaforológica” de Blumenberg (1998) y su diálogo con la historia conceptual, las metáforas permiten dar cuenta de ciertos “estratos” profundos, de otro modo difíciles de nombrar, de los conceptos, así como de las experiencias y expectativas a los que éstos refieren de un modo indirecto.

184 Este proceso es el que Habermas (2010) nomina como la “lingüistización de lo sacro”, la posibilidad abierta por la modernidad de abrir a cuestionamiento y a debate argumental y comunicativo los dogmas sagrados de antaño, vale decir, la posibilidad de crítica.

185 Como muestra Marcuse (1985), la tecnología es ciencia aplicada, por lo cual en el pensamiento científico está ya contenida su materialización técnica -o, en la razón teórica está contenida la razón práctica-.

modernidad, y como práctica que puede y debe ejercer todo ciudadano digno de ese nombre<sup>186</sup> (Koselleck, 2007: 196-203)-.

Sobre todo, la crítica ya no se esboza desde una postura trascendente en un sentido no-terrenal, sino desde unas nociones de “progreso” y de “utopía” secularizadas, en donde el mejoramiento, la superación, incluso la “salvación” son vistas como “inmanentes”, como factibles de ser realizadas en el más-acá terrenal, a partir de la práctica activa “aquí y ahora” (Koselleck, 1993: 347)<sup>187</sup>. Por otro lado, las mismas experiencias y expectativas modernas llevan a una constante profundización de la modernidad, en el sentido de un constante “salvar la distancia”, alcanzar o “ponerse al día” de las teorías respecto de las críticas y de las críticas respecto de las teorías, proceso que explica la concepción básica de la modernización como de un fenómeno de “aceleración”<sup>188</sup> (p. 351). Por todo esto, “teoría” y “crítica” no sólo son “conceptos de lucha políticos” (Koselleck, 2012: 119), sino también “conceptos de movimiento” (Koselleck, 1993: 356), en tanto evocan el perpetuo pasaje de la una a la otra y de la otra a la una, que es una otra-una, si se nos permite, o si no una identidad alternativa.

## 9. Conclusiones

Teoría y crítica no son entonces conceptos independientes sino “interdependientes”: se manifiestan siempre conjuntamente, uno es la contracara del otro, constituyendo un auténtico “dispositivo lógico”, que sirve tanto para actuar en el mundo, como para reflexionar sobre él (Duso, 2013: 147). Y los conceptos de teoría y de crítica ponen de relieve los modos en que ese mundo está siempre ya atravesado por “lo político”, cruzado por sus pugnas, teñido por sus posicionamientos. Así, el eterno pasaje del

186 De nuevo es Habermas (1981) quien despliega a fondo la conexión entre la crítica operada en el novedoso espacio público y el mundo burgués, con su conciencia, su ideología, su política e incluso su arte y su economía.

187 Este dilema entre lo “inmanente” y lo “trascendente”, en relación a la teoría y la crítica, puede ejemplificarse de modo paradigmático, dentro de las ciencias sociales, por la disputa entre Habermas (2010) y Niklas Luhmann (1996). Luhmann, parado en la perspectiva del funcionalismo social, sostiene que aquellas teorías que se “autodescriben” como críticas no son “científicas” -y en este sentido, ni siquiera son teorías legítimas sobre lo social-. En su opinión, la noción de crítica es no sólo pre-moderna sino que da cuenta de una “semántica” epistemológicamente errada en tanto pretende ubicarse “por fuera” de la sociedad que critica, es decir, en un punto de “trascendencia”. Mientras tanto, las “verdaderas” teorías científicas serían aquellas que “observan” lo social desde lo social mismo, es decir, aquellas “observaciones de segundo orden” inmanentes y meramente “descriptivas”. Habermas, en cambio, y en tanto heredero de la Escuela de Frankfurt, no sólo afirma la posibilidad -y la necesidad- de una teoría crítica en la filosofía y la ciencia, sino que además considera que la crítica es una “capacidad” alojada en el “lenguaje” ordinario mismo, en las “acciones comunicativas” de todos los días, con lo cual se trata de una capacidad inmanente. Aunque por supuesto, también implica cierta trascendencia en el sentido de que apunta “normativamente”, en nombre de ciertos “criterios de validez universales”, a aquello que se busca y aún no se ha alcanzado. La perspectiva defendida en este ensayo es a todas luces más cercana a la de Habermas.

188 Esto es lo que Habermas (2008) denomina el “proyecto inconcluso de la modernidad”, es decir, su carácter de proceso continuo. Por otro lado, acerca del problema de la aceleración social como característica central de la modernidad, y su consecuencia alienante, desde una perspectiva crítica, ver Rosa (2013).

“campo de batalla” al “terreno neutral”, y de éste a un nuevo “campo de batalla”, es decir, el eterno pasaje de la “politización” a la “neutralización” y de esta a la “repolitización” (Schmitt, 1999: 117), puede ser vislumbrado bajo el prisma de estos dos conceptos. Si la crítica es el momento político por excelencia, cada nueva teoría se presenta como espacio neutral que, sin embargo, es puesto en cuestión crítico-política de manera cada vez -históricamente- más inmediata. Todo esto nos permite vislumbrar el “infinito diálogo llamado pensar”: teoría y crítica son categorías que ponen de relieve la dialéctica entre “discurso y réplica, retrospectiva y prospectiva” (Gadamer, 1997: 98). Pero además, tanto las teorías como las críticas, en toda su diversidad, son siempre “historias, narradas y narrables”: lo que las caracteriza como productos eminentemente humanos es que podemos “contarlas” una y otra vez, y el cuento siempre es distinto (Gadamer, 1997: 104).

Cabe en este momento hacernos cargo explícito del hecho de que nuestra lectura de la historia conceptual es bastante singular. Si la historia conceptual contiene, por un lado, una instancia propiamente histórico-social, y por otro, una instancia propiamente conceptual, o mejor dicho, si se funda en el entrecruzamiento entre ambas instancias -la historia de los conceptos y los conceptos en la historia-, está claro que nuestra lectura hace mayor hincapié en el polo conceptual que en histórico-social. Y esto, obviamente, por tratarse de un ensayo teórico antes que de una investigación empírica. Pero la propia historia de la historia conceptual parece bifurcarse entre su uso primordialmente historiográfico, por parte de historiadores, y su uso primordialmente filosófico, por parte de teóricos políticos -de la política y de lo político-. Así, esta duplicación de caminos posibles está inscrita en el inicio mismo del proyecto intelectual de la historia conceptual: el renombrado *Lexikon*, o *Diccionario histórico de conceptos fundamentales*, se encuentra tensionado entre la erudición historiográfica de Otto Brunner (1992), y las grandes preguntas metahistóricas de Koselleck. De un Koselleck discípulo del filósofo hermenéutico Hans-Georg Gadamer (1997), y del teórico político Carl Schmitt (1999). De un Koselleck, además, que conoce las propuestas ontológicas de la más nueva antropología filosófica, y que discute con teóricos sociales -y críticos- como Jürgen Habermas<sup>189</sup> (1981). En este sentido, nuestra lectura “más conceptual que histórica” de la historia conceptual, o “más filosófica que historiográfica”, tiene, en nuestra opinión, una legitimidad que se remonta hasta los orígenes mismos de esa propuesta. Por otra parte, incluso varios renombrados historiadores-conceptuales contemporáneos han defendido la idea de la “historia

---

189 Estas afirmaciones encuentran respaldo en las lecciones impartidas durante 2017 por los Profs. Sandro Chignola, Francesco Callegaro y Adrián Velázquez, en el marco del Seminario “Herramientas para la investigación en historia conceptual” del Posgrado sobre Historia Conceptual del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín.

conceptual como filosofía política” (Duso, 2013; Chignola, 1990), y que nosotros mismos podemos readaptar en términos de “historia conceptual como teoría crítica”<sup>190</sup>. Luego del largo recorrido realizado, podemos entonces volver finalmente a la hipótesis planteada al principio, para reformularla. “Espacio teórico” y “horizonte crítico” permiten ser pensados como equivalentes funcionales de “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativa”, pero en un sentido que ahora podemos especificar con más detalle. Si la experiencia y la expectativa son conceptos que remiten de manera directa al plano de las prácticas, de la acción, o plano “histórico-social”, en tanto vivido por los sujetos humanos, la teoría y la crítica constituyen conceptos homólogos pero en otro plano: ellos se mueven en el plano de los discursos, de las ideas, o plano “histórico-conceptual” propiamente dicho, plano sobre el que este ensayo ha pretendido realizar un aporte. Consideramos entonces asentada la posibilidad -a seguir siendo desarrollada- de concebir a la historia conceptual y a la teoría crítica no sólo como conmensurables, sino como entablando un diálogo al que aquí hemos llamado “historia conceptual como teoría crítica”.

---

190 De hecho, Duso mismo define su propuesta de una historia conceptual como filosofía política en términos de “contribución a la reflexión teórico-metodológica” y al “análisis crítico de conceptos” (Duso, 2013: 141, n. 3). Esta mirada, a su vez, conlleva la exigencia de que el trabajo teórico mantenga una consciencia crítica sobre el significado histórico de los conceptos políticos que ella utiliza. Por ello resulta fundamental estudiar cada concepto en su “contexto de pensamiento”, en su “relación con otros conceptos”, sus “postulados”, la “lógica global” que los mueve, los puntos de “ruptura” y de “continuidad” entre ellos, su “génesis” y sus “aporías” (Duso, 2013: 142; 144). Nos parece que esta mirada es totalmente congruente con la que en este ensayo hemos desplegado.

## Bibliografía

- Abend, G. (2008). "The meaning of theory". *Sociological Theory*, 26 (2): 173-199.
- Adorno, T. W. (1973) [1969]. "Sociología e investigación empírica" y "Sobre la lógica de las ciencias sociales". *La disputa del positivismo en la sociología alemana*. Madrid, Grijalbo.
- Adorno, T. W. (2005) [1966]. *Dialéctica negativa. La jerga de la autenticidad*. Madrid, Akal.
- Alexander, J. C. (1983). *Theoretical logic in sociology I. Positivism, presuppositions, and current controversies*. Londres, Routledge.
- Althusser, L. (1967). *La revolución teórica de Marx*. México, Siglo XXI.
- Aristóteles (2008) [340-330 a/c]. *Metafísica*. Madrid, Alianza.
- Aronson, P. P. (2011). "De la crítica a la reconstrucción. Alternativas de las trayectorias sociológicas". *Pilquen*, 13 (14): 1-12.
- Austin, J. L. (2008) [1962]. *Cómo hacer cosas con palabras. Palabras y acciones*. Buenos Aires, Paidós.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1972) [1966]. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Bialakowsky, A. (2013). "Antecedentes y posibilidades de un análisis comparativo en metateoría. El abordaje problemático en la teoría sociológica contemporánea". *Documentos de Jóvenes Investigadores*, 38: 1-60.
- Bloch, E. (2007) [1954]. *El principio esperanza*. Madrid, Trotta.
- Blumenberg, H. (1998). *Conceptos en historias*. Madrid, Síntesis.
- Boltanski, L. y Chiapello, É. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid, Akal.
- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura*. México, Grijalbo.
- Bourdieu, P. (1999). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona, Anagrama.
- Bourdieu, P. (2003). *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Barcelona, Anagrama.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J. C. y Passeron, J. C. (2002). *El oficio del sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Butler, J. (2014). *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid, Síntesis.
- Brunner, O. (1992) [1939]. *Land and lordship. Structures of government in medieval Austria*. Filadelfia, University of Pennsylvania.
- Brunner, O., Conze, W. y Koselleck, R. (2009). "Introducción al Diccionario histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana". *Anthropos*, 223: 92-105.
- Campanella, T. (2006). *La ciudad del sol*. Madrid, Akal.
- Cristiano, J. (2017). *Imaginación y acción social. Elementos para una teoría sociológica de la creatividad*. Buenos Aires, Ciccus.



- de Marinis, P. (2008). "Max Weber: la disputada herencia de un clásico de la sociología (Entrevistas a Wolfgang Schluchter y Dirk Käsler)". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 121, 169-204.
- de Marinis, P. (2013). "Gemeinschaft, community, comunidad: algunas reflexiones preliminares acerca de las variadas semánticas de la comunidad en la teoría sociológica". *Revista Argentina de Ciencia Política*, 16: 87-104.
- de Marinis, P. (2019). "Sobre la relación entre texto y contexto. El caso de las semánticas de la comunidad", de Marinis (comp.). *Exploraciones en teoría social. Ensayos de imaginación metodológica*. Buenos Aires, CLACSO-IIGG.
- Dilthey, W. (1949) [1907]. *Introducción a las ciencias del espíritu*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Durkheim, E. (2001) [1895]. *Las reglas del método sociológico*. Madrid, Akal.
- Duso, G. (2013). "La Begriffsgeschichte y el concepto moderno de poder", Fernández Sebastián, J. Y Capellán de Miguel, G. (eds.). *Conceptos políticos, tiempo e historia. Nuevos enfoques en historia conceptual*. Santander, Universidad de Cantabria.
- Eco, U. (1992) [1962]. *Obra abierta*, Planeta, Buenos Aires.
- Fourier, F. M. C. (1975) [1837]. *El nuevo mundo amoroso*. Madrid, Fundamentos.
- Fourier, F. M. C. (1989) [1829]. *El nuevo mundo industrial y societario*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Fraga, E. (2015a). "Dialogica, polémica, retórica, tópica y deíctica. Las dimensiones argumentativas de la crítica". *Revista Horizontes Filosóficos*, 5: 39-60.
- Fraga, E. (2015b). "El lugar de la teoría en el marxismo del siglo XX. Mannheim, Gramsci, Bourdieu". *Epistemología y Ciencias Humanas*, 7: 153-172.
- Fraga, E. (2015c). "Interpretación y comprensión. Influencias de la tradición hermenéutica en la teoría sociológica contemporánea". *Revista Unidad Sociológica*, 3 (1): 87-96.
- Fraga, E. (2016). *Teoría sociológica y teoría crítica. Un diálogo posible entre dos proyectos (no tan) contrapuestos*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.
- Fraga, E. (2017a). "Desigualdad centro-periferia en el campo académico-intelectual. División internacional del trabajo entre producción y consumo de teorías". *Revista de Prácticas y Discursos*, 6 (8): 61-78.
- Fraga, E. (2017b). "Elementos teológicos en la teoría crítica de Max Horkheimer. Un análisis de textos claves". *Revista Itinerantes*, 7: 191-212.
- Fraga, E. (2018a). "La disputa epistemológica contra el empirismo y la propuesta de la teorización sistemática". *Revista Cinta de Moebio*, 61: 28-40.
- Fraga, E. (2018b). "El compromiso en la teoría crítica. Un análisis de tres textos de Horkheimer". *Revista Idéias*, 9 (1): 37-58.
- Fraga, E. (2018c). "Movimiento estudiantil y nueva izquierda en los Estados Unidos de los 60's. Su defensa y crítica en Wright Mills y Marcuse". *Revista Argumentos*, 20: 179-200.
- Fraga, E. (2018d). "La teoría crítica como teoría sistemática. El caso de Max Horkheimer". *Revista Ensamblés*, 5 (9): 110-123.

- Fraga, E. (2018e). *Sociología radical y nueva izquierda. Elementos para una teoría crítica alternativa*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.
- Fraga, E. (2019a). "¿Qué es, cómo se hace y para qué sirve la teoría? Aportes desde la sociología y desde sus márgenes". *Revista CS del ICESI*, 28: 181-206.
- Fraga, E. (2019b). *Hacia una ética académica anti-utilitarista*. Buenos Aires, Documentos de Jóvenes Investigadores del Instituto de Investigaciones Gino Germani.
- Fraga, E. (2019c). "La 'teorización sensibilizadora': humanismo, crítica e intervención en las ciencias sociales. Un estudio metaforológico", en de Marinis (coord.). *Exploraciones en teoría social. Ensayos de imaginación metodológica*. Buenos Aires, IIGG-CLACSO.
- Gadamer, H. G. (1997). *Historia y hermenéutica*. Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona.
- Giddens, A. (1995) [1984]. *La constitución de la sociedad. Bases para una teoría de la estructuración*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Goodman, N. (1990) [1978]. *Maneras de hacer mundos*. Madrid, Visor.
- Gouldner, A. W. (1973). *La crisis de la sociología occidental*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Gramsci, A. (1984) [1949]. *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Habermas, J. (1981) [1962]. *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona, Gustavo Gili.
- Habermas, J. (2008). *El discurso filosófico de la modernidad*. Buenos Aires, Katz.
- Habermas, J. (2010) [1980]. *Teoría de la acción comunicativa I y II*. Madrid, Herder.
- Hacking, I. (1995). "The looping effects of human kinds", Sperber, D. et al (eds.). *Causal cognition. An interdisciplinary approach*. Oxford, Oxford University.
- Heidegger, M. (1993) [1927]. *Ser y tiempo*. Barcelona, Planeta-Agostini.
- Horkheimer, M. (1973) [1947]. *Crítica de la razón instrumental*. Buenos Aires, Sur.
- Horkheimer, M. (1974) [1932-1941]. *Teoría crítica*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Horkheimer, M. (1995) [1930-1938]. *Historia, metafísica y escepticismo*. Barcelona, Altaya.
- Horkheimer, M. y Adorno, T. (2001) [1949]. *Dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid, Trotta.
- Jay, M. (1984). *Marxism and totality. The adventures of a concept*. Berkeley, University of California.
- Kant, I. (2004) [1781]. *Crítica de la razón pura*. Madrid, Tecnos.
- Korsch, K. (1971) [1923]. *Marxismo y filosofía*. Madrid, Ariel.
- Koselleck, R. (1974). "Historia de los conceptos e historia social". Ludz, C. (ed.). *Sociología e historia social*. Buenos Aires, Sur.
- Koselleck, R. (1993) [1979]. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Paidós.
- Koselleck, R. (1996). "A response to comments on the Geschichtliche Grundbegriffe". H. Lechmann y M. Richter, *The meaning of historical terms and concepts*. Washington, German Historical Institute.

- Koselleck, R. (1997). *Historia y hermenéutica*. Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona.
- Koselleck, R. (2003). *Aceleración, prognosis y secularización*. Valencia, Pre-Textos.
- Koselleck, R. (2004). "Historia de los conceptos y conceptos de historia". *Ayer*, 53: 27-45.
- Koselleck, R. (2007) [1973]. *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*. Madrid, Trotta.
- Koselleck, R. (2012) [2006]. *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid, Trotta.
- Koselleck, R. (2013). *Esbozos teóricos. ¿Sigue teniendo utilidad la historia?*. Madrid, Escolar y Mayo.
- Kuhn, T. (1971) [1962]. *La estructura de las revoluciones científicas*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (2006). *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Lenin, V. (2009) [1917]. *El estado y la revolución*. Madrid, Fundación Federico Engels.
- Levi-Strauss, C. (1987). *Antropología estructural*. Paidós, Buenos Aires.
- Luhmann, N. (1996) [1990]. *La ciencia de la sociedad*. México, Anthropos.
- Lukács, G. (2013) [1923]. *Historia y conciencia de clase*. Buenos Aires, Razón y Revolución.
- Mannheim, K. (1960). *Sociología sistemática. Introducción al estudio de la sociedad*. Madrid, Revista de Derecho Privado.
- Mannheim, K. (2004) [1929]. *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Marcuse, H. (1968) [1967]. *El fin de la utopía*. México, Siglo XXI.
- Marcuse, H. (1969). *An essay on liberation*. Boston, Beacon.
- Marcuse, H. (1985) [1964]. *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Barcelona, Planeta-Agostini.
- Martini, M. A. (2014). "La dimensión performativa de las clasificaciones en las ciencias sociales". *Entramados y Perspectivas*, 4 (4): 15-33.
- Marx, K. (2006) [1844]. *Manuscritos económico-filosóficos*. Buenos Aires, Colihue.
- Moro, T. (2007). *Utopía*. La Plata, Terramar.
- Owen, R. (1982). *Nueva visión de sociedad*. Barcelona, Hacer.
- Palti, E. (2006). "De la historia de las 'ideas' a la historia de los 'lenguajes políticos'". *Congreso Nacional de Filosofía*, Argentina.
- Palti, E. J. (2011). "Ideas, conceptos, metáforas. La tradición alemana de historia intelectual y el complejo entramado del lenguaje". *Res Publica*, 25: 227-248.
- Parsons, T. (1965) [1949]. *Essays in sociological theory*. Nueva York, Free Press.
- Parsons, T. (1968) [1937]. *The structure of social action*. Nueva York, Free Press.
- Platón (2006) [380 a/c]. *La república*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.
- Platón (2010) [367-362 a/c]. *El sofista*. Madrid, Alianza.

- Rickert, H. (1968) [1902]. *The limits of concept formation in natural science*. Cambridge, Cambridge University.
- Ricoeur, P. (1996). *Sí-mismo como otro*. Madrid, Siglo XXI.
- Ritzer, G. (1990). "Metatheorizing in sociology". *Sociological Forum*, 5 (1): 3-15.
- Romero Cuevas, J. M. (2012). "Ontologie und Geschichtlichkeit beim jungen H. Marcuse". *Zeitschrift für kritische Theorie*, 34/35.
- Rosa, H. (2013). *Social acceleration. A new theory of modernity*. Nueva York, Columbia University.
- Saint-Simon, C. H. (1960) [1824]. *Catecismo de los industriales*. Madrid, Aguilar.
- Sazbón, J. (1997). "Historia intelectual y teoría crítica". *Páginas de Filosofía*, 4 (6): 29-42.
- Schluchter, W. (2008). *Acción, orden y cultura. Estudios para un programa de investigación en conexión con Max Weber*. Buenos Aires, Prometeo.
- Schmitt, C. (1999) [1932]. *El concepto de lo político*. Madrid, Alianza.
- Schütz, A. (1993) [1932]. *La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*. Barcelona, Paidós.
- Shils, E. A. (1980). *The calling of sociology, and other essays on the pursuit of learning*. Chicago, University of Chicago.
- Swedberg, R. (2011). "Theorizing in sociology and the social sciences. Turning to the context of discovery". *Theory & Society*, 41: 1-40.
- Torres Castaños, E. (2010). "Ciencias sociales, historia de los conceptos y la idea de trayectoria conceptual". *Revista de Investigación Social*, 4 (7): 81-101.
- von Wiese, L. (1932) [1926]. *Sociología: historia y principales problemas*. Barcelona, Labor.
- Walzer, M. (1985). *Interpretation and social criticism*. Cambridge, Harvard University.
- Walzer, M. (1987). "Notes on self-criticism". *Social Research*, 54 (1): 33-43.
- Walzer, M. (1993). *Kritik und Gemeinsinn: drei Wege der Gesellschaftskritik*. Frankfurt, Taschenbuch.
- Weber, M. (1990). *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Windelband, W. (1949) [1895]. *Preludios filosóficos. Figuras y problemas de la filosofía y de su historia*. Buenos Aires, Santiago Rueda.
- Wright Mills, C. (1959). *La imaginación sociológica*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Wright Mills, C. (2000). *Letters and autobiographical writings*. Berkeley, University of California.
- Wright Mills, C. y Gerth, H. (1961) [1953]. *Character and social structure*. Londres, Routledge & Kegan Paul.
- Zabludovsky, G. (2002). "Teoría y metateoría en las ciencias sociales contemporáneas". *Sociología y política, el debate clásico y contemporáneo*. México, Porrúa.